



FLACSO
ARGENTINA

PROGRAMA DE DESARROLLO HUMANO

MAESTRÍA EN DESARROLLO HUMANO

Regreso al hogar.
La *insularización* de las mujeres ante la conflictividad en
barrios vulnerables de la provincia de Buenos Aires

Tesista Delfina García Hamilton

Director/a de Tesis Vilma Paura

Tesis para optar por el grado académico de Magister en Desarrollo Humano

Fecha: 12 de septiembre de 2024

ÍNDICE

RESUMEN.....	3
AGRADECIMIENTOS.....	4
INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO 1 - PROBLEMA Y ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN	9
Construcción de las preguntas de investigación.....	9
Decisiones Metodológicas.....	10
Trabajo de Campo.....	12
CAPÍTULO 2 - ANTECEDENTES Y CLAVES CONCEPTUALES.....	14
Antecedentes	14
La territorialización y sus procesos	14
Conflictividad en los barrios	20
La participación de las mujeres en la vida comunitaria	26
Algunas claves conceptuales	29
CAPÍTULO 3 – LA VIDA EN LOS MÁRGENES. LÓGICAS DE POBREZA Y DESARTICULACIÓN	32
La conformación de los barrios populares en la provincia de Buenos Aires	32
Caso de estudio: Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo.....	37
Vida cotidiana y dinámicas de sociabilidad	42
CAPÍTULO 4 - LA CONFLICTIVIDAD Y LA INSULARIZACIÓN	49
El sentimiento de inseguridad: entre drogas y robos	49
Un Estado ausente.....	58
Las experiencias de las mujeres	61
CONCLUSIÓN.....	68
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	71
ANEXO I - Modelo de entrevista	75

RESUMEN

La presente investigación explora la manera en que viven y enfrentan la conflictividad las mujeres en los barrios populares de la Provincia de Buenos Aires, Argentina, centrándose en los casos de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo, municipio de San Martín. A través del marco teórico de la territorialización de los sectores populares y la *despacificación* de Loïc Wacquant, se analiza cómo las dinámicas de pobreza, exclusión y retirada del Estado configuran estos territorios como espacios de desigualdad estructural. A su vez, desde la perspectiva de género, el trabajo aborda cómo las mujeres que habitan estos barrios experimentan la vida cotidiana, en un entorno marcado por la violencia, la marginalización y las desigualdades de género, destacando sus estrategias de adaptación y reorganización a las situaciones de conflictividad que deben vivir a diario.

La tesis se fundamenta en una metodología cualitativa que combina la revisión bibliográfica exhaustiva con trabajo de campo basado en entrevistas en profundidad y observación en los barrios seleccionados. Se recopilan las voces de mujeres de diferentes edades y ocupaciones para capturar una diversidad de perspectivas. La investigación revela las dinámicas sociales que se dan al interior de los barrios, así como las formas en las que se manifiesta la conflictividad en los mismos, principalmente asociada a la venta y consumo de drogas y a la inseguridad debido a robos y prácticas sociales que atentan contra la tranquilidad de las y los vecinos.

El estudio arroja que las mujeres reorganizan sus prácticas de vida para resguardarse y enfrentar las situaciones de conflictividad que, lejos de ser ocasionales, son parte constante de su cotidianeidad en los barrios, optando por replegarse al interior de sus hogares.

En conclusión, esta tesis contribuye al entendimiento de las dinámicas de género, territorio y conflictividad en los barrios populares, ofreciendo una lectura crítica sobre cómo las mujeres resisten y se adaptan en su entorno. Este enfoque no solo busca enriquecer los estudios sobre territorialización y conflictividad, aportando una perspectiva poco estudiada al momento, sino que también aspira a proporcionar luces para el diseño de políticas más justas e inclusivas que permitan a las mujeres desarrollar de manera plena sus capacidades y autonomías.

AGRADECIMIENTOS

“
Deseo expresar mi sincero agradecimiento a todas las personas que me acompañaron y alentaron en el proceso de elaboración de esta tesis.

A mi mentora y tutora, Vilma Paura, quien con rigor y ternura me brindó su apoyo a lo largo de todo el recorrido, comprendiendo mis tiempos y ofreciéndome el ánimo necesario en cada etapa.

Al director de la maestría, Luciano Andrenacci, por su flexibilidad y paciencia.

A mi familia -mis cuatro hermanos, mi hermana, mi madre y Nicolás- por haber sido un apoyo constante durante toda mi vida. Un agradecimiento especial a mi papá, quien a pesar de no estar ya a mi lado, me forjó como persona, despertando en mí la curiosidad y el compromiso con la promoción de los derechos y la paz.

Pero fundamentalmente agradezco a mis hijas, Uma y Martina, los motores de mi vida, pues ellas me impulsan a intentar comprender estas dinámicas con la esperanza de dejarles un mundo mejor.

INTRODUCCIÓN

La presente tesis se centra en las experiencias de las mujeres en barrios populares del conurbano bonaerense de Argentina, tomando como casos de estudio los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo del municipio de San Martín. Estos territorios, que se caracterizan por ser espacios de vulnerabilidad y exclusión social, se han constituido como escenarios de resistencia y transformación social, donde las dinámicas de poder, desigualdad y violencia se entrelazan de maneras complejas. En este contexto, buscamos explorar cómo las mujeres, en su interacción cotidiana con estos entornos, configuran estrategias para enfrentar las múltiples formas de marginalización y violencia a las que se ven expuestas.

El análisis se fundamenta en la perspectiva teórica de la “*despacificación*” de Loïc Wacquant, aplicada a la realidad argentina, en particular a los barrios populares del conurbano bonaerense. Este marco teórico permite entender cómo los procesos de empobrecimiento, desindustrialización y retirada del Estado -que en el presente estudio se abordan desde el concepto de *territorialización*- han configurado estos lugares como espacios de desigualdad estructural, donde las mujeres viven de maneras específicas la vida diaria y experimentan formas particulares de la conflictividad. La *despacificación*, entendida como la erosión de la paz social en los espacios urbanos marginalizados, proporciona una lente a través de la cual se puede analizar la forma en que las mujeres enfrentan las tensiones y los conflictos cotidianos, ya sea en el ámbito comunitario como en su interacción con las instituciones estatales.

A lo largo de las últimas décadas, los estudios sobre conflictividad en los barrios populares han avanzado considerablemente, con autores como Denis Merklen (2005), Javier Auyero (2007; 2021), Gabriel Kessler (2009) y Ramiro Segura (2009), que han abordado las dinámicas de pobreza, exclusión y organización comunitaria en estos espacios. Sin embargo, la mayoría de estos estudios han privilegiado una perspectiva androcéntrica, sin profundizar en las experiencias específicas de las mujeres. En los barrios populares, las mujeres suelen ser las principales responsables del cuidado y mantenimiento de la vida cotidiana, desempeñando roles cruciales tanto en el ámbito doméstico como en la esfera comunitaria, lo que las coloca en una posición única para analizar la interacción entre género, territorio y conflictividad.

Este estudio pretende aportar a este vacío académico, adoptando una perspectiva de género para analizar cómo las mujeres de los barrios populares experimentan y responden a la conflictividad y la marginalización. Ellas enfrentan desafíos particulares debido a las

desigualdades de género, que no solo se manifiestan mediante la violencia de género, sino también en la carga desproporcionada del trabajo de cuidado no remunerado, y la falta de acceso a oportunidades laborales y servicios básicos. Esta investigación, por tanto, se orienta a visibilizar sus experiencias y estrategias de adaptación, explorando cómo reconfiguran sus prácticas de vida, su sociabilidad y su relación con el espacio urbano que habitan.

El enfoque metodológico de esta tesis combina la revisión bibliográfica exhaustiva con la investigación de campo cualitativa, utilizando entrevistas en profundidad y observación en los barrios seleccionados. Realizamos las entrevistas con mujeres de diferentes edades, configuraciones familiares y ocupaciones, permitiendo capturar una diversidad de voces y perspectivas. Esta aproximación metodológica nos permite no solo analizar los discursos y narrativas que las mujeres construyen en torno a su experiencia en estos territorios, sino también observar de cerca las prácticas cotidianas de adaptación que despliegan en respuesta a la exclusión social y la conflictividad.

Esta tesis se estructura en cuatro capítulos. El primer capítulo plantea el problema y la metodología empleada en la investigación, explicando las técnicas de recolección de datos, el diseño de la muestra y los criterios éticos seguidos para asegurar la confidencialidad y seguridad de las participantes. Se hace énfasis en el uso de métodos cualitativos, ya que estos permiten captar las complejidades de las experiencias de las mujeres en un contexto de exclusión y conflictividad. La metodología también se justifica en función de la necesidad de construir conocimiento desde una perspectiva situada y participativa, reconociendo a las mujeres no solo como objetos de estudio, sino como sujetos activos en la construcción de su realidad.

El segundo capítulo ofrece una revisión de los antecedentes teórico y del marco conceptual, centrándose en tres ejes: territorialización, conflictividad en los barrios populares y perspectiva de género. Analizamos los aportes de Denis Merklen, Maristella Svampa, Alejandro Grimson, Ramiro Segura, María Cristina Cravino y Javier Auyero para explorar la territorialización de los sectores populares en Argentina, las dinámicas de poder y el clientelismo en barrios marginales. En cuanto a la conflictividad, consideramos los conceptos de “sentimiento de inseguridad” de Gabriel Kessler y las ideas de Banessa Estigarribia sobre cómo los conflictos crean y refuerzan relaciones sociales, y profundizamos sobre el papel del Estado en estos procesos a partir de Auyero y Cravino. Desde una perspectiva de género, abordamos los estudios de Dallorso y Schijman y Laé que examinan los roles de las mujeres en estos barrios,

sea como mediadoras comunitarias o gestoras ante el Estado como las comadres del Plan más Vida o las “rondadoras” de las ventanillas del Estado, quienes ejercen estas funciones desde su rol de cuidadoras y la maternalización. También estudios más recientes que muestran que las mujeres jóvenes limitan su participación en conflictos territoriales para no transgredir las normas de feminidad. Este capítulo sostiene que, aunque estos estudios son esenciales para entender las dinámicas de los barrios, es necesario un enfoque más específico en las experiencias de las mujeres en relación con la conflictividad.

El tercer capítulo presenta la primera serie de hallazgos empíricos de la investigación, centrados en la vida en los barrios. Para comprender cómo se vive en Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo, comenzamos analizando, a partir de bibliografía especializada y datos del Registro Nacional de Barrios Populares (RENABAP), la vida en los barrios populares del conurbano bonaerense: cómo surgieron, cuáles fueron las causas de su creación, cuál es su mapa actual y cómo se vive en ellos. Nos adentramos, luego, en el estudio de los tres barrios específicos ubicados en el municipio de San Martín. Para este apartado, utilizamos bibliografía especializada, aunque el análisis se fundamenta principalmente en las observaciones realizadas durante los recorridos efectuados en dichos barrios. Mediante múltiples visitas y entrevistas, logramos formarnos una idea clara sobre la morfología de los barrios, lo que permitió entender cómo y por qué se desarrolla la vida de la manera en que lo hace en estos espacios. El capítulo concluye con un análisis detallado de la vida cotidiana y las dinámicas de sociabilidad que se producen en su interior desde una perspectiva de género, mostrando las diferencias de vivir el barrio entre varones y mujeres. Este análisis, basado en las entrevistas realizadas, da luces sobre cómo se manifiesta la conflictividad, que será objeto de estudio en el capítulo siguiente.

El último capítulo comienza con una descripción empírica de las principales manifestaciones de la conflictividad en los barrios estudiados, desde la perspectiva de las mujeres que los habitan. Se analiza cómo la territorialización de los barrios populares genera formas específicas de conflictividad, asociadas principalmente con la inseguridad y la venta de drogas, lo que resulta en una profunda degradación social y comunitaria. Esta degradación, para las mujeres, empuja a las vecinas a replegarse vecinas en sus propios hogares, restringiendo su participación en la vida barrial. A través del concepto de “*insularización*” propuesto por Soldano (2010) se analiza cómo los procesos de “relegación” socioeconómica y territorial no solo transforman a los barrios en “islas”, como sugiere la autora, sino que también se convierte en un confinamiento al hogar, empleado como estrategia para evitar la conflictividad en estos

espacios. Sin embargo, se reconoce también la existencia de redes informales de solidaridad. El capítulo subraya que la ausencia del Estado es un factor clave en la generación de tensiones sociales dentro de los barrios y examina cómo esta conflictividad afecta a las mujeres, algunas de las cuales responden con resignación, otras con ira y otras naturalizando estas situaciones.

La conclusión discute las implicaciones de estos hallazgos para la teoría y la práctica en el ámbito de los estudios urbanos y de género. Se argumenta que, al centrarse en las experiencias de las mujeres, esta investigación aporta una perspectiva crítica a los estudios sobre conflictividad urbana y territorialización, cuestionando las nociones tradicionales de espacio, comunidad y resistencia.

En resumen, esta tesis busca contribuir a un mayor entendimiento de las dinámicas de género, territorio y conflictividad en los barrios populares del conurbano bonaerense, ofreciendo una lectura crítica y matizada de cómo las mujeres enfrentan, negocian y se adaptan a las múltiples formas de exclusión a las que están sometidas. Se espera que este estudio no solo enriquezca el campo de los estudios de territorialización y de género, sino que también inspire futuras investigaciones y políticas que busquen revertir el papel de las mujeres en las comunidades.

CAPÍTULO 1 - PROBLEMA Y ESTRATEGIA DE INVESTIGACIÓN

Construcción de las preguntas de investigación

La construcción de la pregunta de investigación para esta tesis se basó en la necesidad de explorar y visibilizar las experiencias de las mujeres en los barrios populares del conurbano bonaerense, específicamente en los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago, y 8 de Mayo del municipio de San Martín. La pregunta central de esta investigación surgió del interés por comprender cómo las mujeres que habitan estos territorios caracterizados por la marginalización y la exclusión experimentan la conflictividad que se da al interior de los mismos.

Al inicio, nuestro objetivo era comprender el papel que desempeñan las mujeres en los conflictos que ocurren en los barrios populares de Buenos Aires y el impacto que estos conflictos tienen en sus vidas, en el entendido de que las mujeres son actores clave para el “sostenimiento de la paz”¹. Partiendo de esta premisa, formulamos la hipótesis de que las mujeres no solo experimentan los conflictos de manera distinta, sino que también desempeñan un papel fundamental en la prevención de estos, fundamentalmente como mediadoras comunitarias. No obstante, a partir de las entrevistas y el trabajo de campo, revisamos esta hipótesis ya que la evidencia mostraba que la conflictividad y la inseguridad eran problemas cotidianos en sus vidas diarias y que el fenómeno debía ser abordado desde sus experiencias, pues ellas mismas no lograban prevenir estos conflictos en su día a día.

El desarrollo de las preguntas de investigación estuvo guiado por la revisión de la literatura existente sobre territorialización, los conflictos y la seguridad en los barrios populares de Argentina y el análisis de la perspectiva de género en las dinámicas de estos sectores. Este marco teórico permitió identificar una laguna en la comprensión de cómo las mujeres experimentan de manera específica la conflictividad estructural y cotidiana en estos contextos.

A partir de esta revisión teórica, la investigación se centró en formular preguntas como: ¿cómo y por qué se crean estos barrios populares en Argentina? ¿De qué manera el espacio urbano configura las dinámicas sociales en su interior? ¿Cómo se manifiesta la conflictividad al

¹ Este concepto fue introducido en 2016 mediante resoluciones sustancialmente idénticas que fueron adoptadas en simultáneo por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, las [A/RES/70/262](#) y [S/RES/2282](#). Estas resoluciones buscan ampliar el concepto de mantenimiento de la paz para abordar no sólo los síntomas, sino también las causas estructurales de los conflictos. De esta manera, en su preámbulo afirman que mantener la paz contempla toda actividad dirigida a prevenir el estallido, la escalada, la continuación y la recurrencia del conflicto.

interior de los barrios populares y cuáles son los factores que la generan? ¿Cuáles son los impactos directos e indirectos de estos conflictos en las personas que habitan el barrio? ¿De qué manera esta conflictividad afecta de forma diferente a mujeres y varones, y cómo influyen los roles de género en estos impactos? ¿Qué papel desempeña el Estado en la atención o prevención de estas situaciones de conflictividad? Finalmente, ¿qué estrategias desarrollan las mujeres para enfrentar la exclusión y la violencia, y cómo reconfiguran sus prácticas de vida y su relación con el espacio urbano en respuesta a estas dinámicas?

La formulación de estas preguntas también reflejó nuestro interés en reconocer el papel activo de las mujeres dentro de sus comunidades, destacando su capacidad para influir y participar en diversos espacios sociales. Sin embargo, también buscamos evidenciar que, a pesar de los avances en las agendas feministas en Argentina, en contextos de marginalización y desigualdad las mujeres siguen siendo asignadas principalmente al rol tradicional de cuidadoras en el hogar y de sus comunidades. Este doble enfoque permitió analizar tanto su agencia y resistencia en entornos adversos como las limitaciones estructurales que continúan restringiendo sus oportunidades y perpetuando las desigualdades de género.

Decisiones Metodológicas

La elección de la metodología cualitativa fue fundamental para responder adecuadamente a las preguntas de investigación planteadas. La investigación fue abordada mediante diversos métodos cualitativos. Resulta apropiado adoptar este enfoque multimétodo² para explorar un fenómeno tan complejo como la construcción social de significados en torno a los conflictos acaecidos en los barrios seleccionados del municipio de San Martín, Buenos Aires, para dar cuenta de las perspectivas de las mujeres impactadas por los conflictos. Este enfoque nos permitió captar la complejidad de las experiencias de las mujeres en los barrios populares, así como las múltiples dimensiones de la conflictividad y la marginalización que atraviesan.

Se utilizaron dos técnicas cualitativas de recolección de datos. A fin de realizar una descripción más completa y detallada del caso de estudio, se complementaron las técnicas de recolección de datos y análisis documental con la de entrevistas en profundidad. Para el análisis documental

² Se hace referencia aquí a enfoque multimétodo y no triangulación metodológica siguiendo a Cohen y Piovani (2004), esta última entendida como una combinación de métodos cuantitativos y cualitativo. Debido a que en la presente investigación se aplicará una combinación de técnicas cualitativas (análisis documental y entrevistas en profundidad) se ha decidido hablar de enfoque multimétodo.

se incluyeron fuentes de diversos orígenes: investigaciones académicas, libros de investigación e informes de organismos estatales e internacionales.

Realizamos entrevistas en profundidad a seis mujeres de diferentes edades y ocupaciones que residen en los barrios seleccionados. La muestra fue organizada a partir de la técnica de bola de nieve, partiendo con dos de estas mujeres conocidas de experiencias laborales previas entre 2015 y 2019 en esos barrios. Al centrarnos en las narrativas y vivencias de mujeres diversas, buscamos no solo documentar sus testimonios, sino también interpretar las formas en que construyen significados y estrategias frente a las condiciones estructurales adversas. Esta técnica de recolección además fue elegida por su capacidad para profundizar en las historias personales, las emociones y los significados que las participantes asignan a sus experiencias cotidianas.

Posteriormente, como parte del método de teoría fundamentada, desarrollamos una matriz de categorías para sistematizar la información, clasificando y agrupando los datos proporcionados por las mujeres en diferentes temas relevantes. Esta matriz facilitó la identificación de patrones, relaciones y tendencias. La matriz se conformó de la siguiente manera e incluye columnas adicionales con ejemplos, citas y el nombre de la entrevistada:

Código/ Tema	Subcategorías	Descripción/Definición
Vida en el barrio	Trabajo	Actividades que realizan de manera remunerada y no remunerada
	Dinámicas de movilidad en el territorio	Forma que se mueven las personas en el barrio
	Vida social	actividades que realizan de manera recreativa
	Relacionamiento	Formas de relacionarse
	Infraestructura	Cómo se ve el barrio
	Pandemia	Cambios en las dinámicas a raíz de la pandemia
Conflictos	Droga	Consumo de sustancias de las personas en el barrio
		Venta de droga
	Los vaguitos	Grupos de jóvenes que se juntan en una esquina
	Inseguridad	Robos
	Violencia	Manifestaciones de la violencia
Estado	Presencia estatal	Falta de apoyo por parte del Estado
Experiencias de las mujeres	Encierro	La gente decide no salir de sus casas por temor

	Resignación/Preocupación	Sensación de que no se pueden resolver las necesidades primarias
	Exclusión	Jóvenes a quienes no se ayuda
	Recursos para resolución	Falta de recursos simbólicos para resolver conflictos
	Respuesta comunitaria	Qué hacen los y las vecinas para dar respuesta a las conflictividades

Fuente: elaboración propia a partir de las entrevistas

Finalmente, se decidió complementar las entrevistas con trabajo de observación participante en los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago, y 8 de Mayo. Esta técnica permitió obtener una visión más amplia de las condiciones de vida de las mujeres en estos entornos, observando directamente los espacios que habitan, sus dinámicas cotidianas, y las interacciones sociales y comunitarias. La observación participante permitió captar detalles contextuales que enriquecieron el análisis, tales como las características del entorno físico, las infraestructuras disponibles, las relaciones de vecindad, y las formas de interacción con las autoridades locales.

Trabajo de Campo

El trabajo de campo se desarrolló en tres etapas principales: preparación, recolección de datos y análisis preliminar. La etapa de preparación incluyó la elaboración de una guía de entrevistas, basada en un primer esbozo de los antecedentes teóricos que orientaron la formulación de las preguntas, así como visitas iniciales a los barrios para retomar contacto con las dos mujeres con las que comenzaría la muestra.

Durante la recolección de datos, se realizaron las seis entrevistas en profundidad mencionadas anteriormente³. Estas se llevaron a cabo en los hogares de las participantes, buscando crear un ambiente de confianza que favoreciera una comunicación abierta y sincera. Las entrevistas fueron grabadas y transcritas, y las transcripciones sirvieron para desarrollar la matriz de categorías, identificando patrones recurrentes y temas clave en las narrativas de las participantes, así como diferencias significativas en sus experiencias y perspectivas que también fueron categorizadas.

Cada vez que se visitaron los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago, y 8 de Mayo para realizar las entrevistas, se realizó también un trabajo de observación participante. Esta observación permitió registrar notas de campo sobre el espacio urbano, la infraestructura

³ Para resguardar el anonimato de las entrevistadas, usaremos nombres de fantasía a lo largo de la tesis.

existente, las interacciones cotidianas y las condiciones generales de vida. Este enfoque ayudó a captar detalles contextuales que no siempre emergen en las entrevistas, como las condiciones de infraestructura, las dinámicas de movilidad dentro y fuera de los barrios, y las formas en que las mujeres interactúan con su entorno físico y social.

El análisis preliminar de los datos obtenidos durante el trabajo de campo mostró que las mujeres en estos barrios desarrollan una serie de estrategias de resistencia y adaptación frente a las múltiples formas de violencia y exclusión que enfrentan.

El enfoque metodológico cualitativo adoptado en esta investigación permitió una comprensión profunda y matizada de las experiencias de las mujeres en los barrios populares del conurbano bonaerense. La combinación de entrevistas en profundidad, el uso de una matriz de categorías para el análisis de datos y el trabajo de observación participante proporcionó una base sólida para explorar cómo estas mujeres enfrentan y se adaptan las dinámicas de marginalización en su vida cotidiana. Este enfoque no solo nos permitió capturar las voces y experiencias de las participantes, sino que también ofreció una visión integral de las condiciones en las que viven, los desafíos que enfrentan, y las formas en que negocian y reconfiguran su relación con el territorio y la comunidad.

CAPÍTULO 2 - ANTECEDENTES Y CLAVES CONCEPTUALES

Comprender cómo las mujeres de barrios populares experimentan la conflictividad requiere analizar este fenómeno a la luz de la intersección de los estudios sobre conflictividad, los sectores populares y la teoría de género. A lo largo de los años, estos barrios se han convertido en un espacio de análisis crucial para vislumbrar cómo las estructuras sociales, económicas y políticas influyen en las vivencias cotidianas de sus habitantes y son conformadas por estas. No obstante, entendemos que no se ha profundizado lo suficiente aún en las de las mujeres en particular, quienes enfrentan desafíos únicos debido a las desigualdades estructurales de género que dominan nuestras sociedades.

A través de la revisión de la literatura existente, abordaremos los principales estudios que han explorado la territorialización de los barrios populares, la conflictividad, y aquellas pocas que lo han hecho desde la perspectiva de género. Estos antecedentes nos permitirán situar la investigación dentro de un corpus de conocimiento más amplio que, desde hace ya un tiempo, intenta brindar aportes sobre una problemática que atraviesa a diversas sociedades. En este sentido, el marco teórico de la investigación está anclado en una serie de conceptos que permiten analizar cómo las mujeres en estos barrios enfrentan desafíos económicos y sociales, así como también reconfiguran sus hábitos de vida y los espacios que habitan, en un contexto donde el género, el territorio y la conflictividad se entrelazan de manera compleja. Así, exploraremos los conceptos clave que sustentan el análisis de estas experiencias.

Antecedentes

La territorialización y sus procesos

En una primera fase, nos centraremos en las investigaciones que se enfocan en la territorialización de los barrios populares en Argentina. Diversos estudios han abordado cómo los sectores más vulnerables de la población han construido sus espacios de vida en los márgenes urbanos, desarrollando formas particulares de organización y resistencia frente a la exclusión social y la falta de acceso a derechos básicos. Los estudios revisados coinciden en que los barrios populares en Argentina se configuran como territorios de resistencia y exclusión, resultado de procesos de pauperización, desindustrialización y desigualdad, con un papel ambivalente del Estado -y en casos ausente- en su formación. Mientras que algunos autores destacan las estrategias de resistencia comunitaria para enfrentar la marginalización, otros subrayan el aislamiento y la inmovilidad social, así como la reproducción de

desigualdades a través de relaciones clientelares, al interior de los mismos. En conjunto, estos enfoques ofrecen una comprensión integral de las dinámicas de poder y exclusión que caracterizan a los barrios populares.

Denis Merklen (2005) señala que frente al proceso de empobrecimiento y “desafiliación”, los sectores populares encontraron en el barrio el refugio y un espacio de usurpación colectiva, que sirvió de soporte de una solidaridad de base territorial. Así, propuso la noción de *territorialización* o inscripción territorial de los sectores populares en el caso argentino para dar cuenta del proceso de integración social que se dio en la creación de los barrios populares producto de la pauperización de los sectores asalariados a partir del restablecimiento de la democracia hace 40 años. En esa línea, Svampa (2009, p. 14) lo describe claramente:

La importancia que adquirió la construcción de la territorialidad, asociada primeramente al hábitat y las condiciones de vida, está ligada a la desarticulación entre empleo y urbanización, operada a fines de los años ´60 y ´70, que dieron lugar a la emergencia a los primeros asentamientos urbanos.

La territorialización en estos barrios no es solo un proceso de ocupación del espacio físico, sino también de creación de un sentido de pertenencia y comunidad. Responde, entonces, tanto a la necesidad de un lugar donde vivir, así como a un proceso de construcción social y simbólica que permite a quienes habitan estos barrios resistir la exclusión y la marginalización. A través de la territorialización, los y las residentes de los barrios populares crean redes de proximidad social y construyen una comunidad orientada al reclamo estatal por bienes y servicios, así como por la titularidad de la tierra.

Merklen (2005) sostiene que “la problemática actual de los sectores populares en Argentina se constituye en el momento en que comienza la desalarización y el retiro masivo del Estado social, con el corolario de una pauperización y una fractura social sin precedentes” (42). El autor explica que el proceso de descomposición comenzó en 1976 con el último golpe militar y culminó en 2001 con la caída del gobierno de Fernando de la Rúa, como resultado de un proceso de desindustrialización que redujo la cantidad de obreros en las clases populares y achicó el sector público, afectando tanto la cantidad de funcionariado público como la relación entre el Estado y los sectores populares. Durante este periodo, la pobreza alcanzó a la mitad de la población, el desempleo se cuadruplicó, y el empleo informal superó al formal, convirtiendo

al país en uno de los más desiguales de la región. La llegada de la democracia en 1983 no logró frenar ni revertir este fenómeno. Por el contrario, los esfuerzos se centraron en consolidar los mecanismos democráticos formales y el funcionamiento del espacio público, mientras la democracia social se deterioraba rápidamente, afectando de manera desproporcionada a los sectores populares.

Se consolidaron así los asentamientos informales, que, de acuerdo al autor, surgieron en la década de 1980 en la zona sur de la provincia de Buenos Aires, acompañados por un movimiento de organizaciones barriales cuyo objetivo era la construcción de un “barrio”. Con el tiempo, estas organizaciones comenzaron a proyectarse hacia el sistema político, promoviendo intervenciones institucionales que facilitaran su integración social en el territorio y, al mismo tiempo, ayudaran a mitigar el empobrecimiento que enfrentaban. De esta manera, las organizaciones barriales se convirtieron en pilares fundamentales de la participación popular, impulsando nuevas demandas sociales que ya no estaban vinculadas al ámbito laboral ni organizadas por los sindicatos. Estas organizaciones, de fuerte inscripción territorial, contribuyeron a la integración social de muchas personas. Al no poder sostener su vida diaria con los ingresos del trabajo, gracias a una descentralización estatal, las organizaciones proporcionaban ingresos adicionales, ya fueran en especie o en efectivo, a través de políticas públicas de asistencia estatal⁴.

Siguiendo al autor, este proceso de *territorialización* de los sectores populares fue producto también del accionar estatal. El Estado, en lugar de fortalecer su presencia social, se fue retrayendo progresivamente, especialmente en los ámbitos del bienestar y la provisión de servicios públicos, generando esta “desalarización” y una creciente informalidad laboral. Aunque continuaba interviniendo en estos territorios, en lugar de hacerlo desde un enfoque productivo, lo hace utilizando políticas asistencialistas en conjunción con las organizaciones barriales, que en lugar de promover la integración social, refuerzan la dependencia y la exclusión.

En consonancia con lo planteado por Merklen, Grimson (2009) argumenta que el desempleo masivo en una ciudad como Buenos Aires, caracterizada por una gran cantidad de barrios obreros, dio lugar a la formación de barrios de desempleados en los márgenes de la ciudad. Según Grimson, estos espacios no solo reflejan la precarización laboral y la pobreza, sino que

⁴ Más adelante exploraremos estas dinámicas desde la perspectiva de género.

también se convierten en *trampas de inmovilidad social*. El autor argumenta que las condiciones de desempleo y pobreza en estos barrios hacen extremadamente difícil que sus habitantes puedan salir de ellos, atrapándolos en un ciclo de exclusión que limita sus posibilidades de mejorar su calidad de vida y acceder a mejores oportunidades. Esta situación no solo refuerza la segregación espacial, sino que también perpetúa una estructura social profundamente desigual, donde los barrios populares se convierten en enclaves de marginación. La falta de empleo se constituye entonces no sólo en una cuestión económica, sino en un factor que afecta profundamente la capacidad de los individuos y las familias para construir proyectos de vida sostenibles.

Ramiro Segura (2009) también aborda la problemática del aislamiento social en los barrios vulnerables, señalando, al igual que Merklen y Grimson, que este fenómeno está estrechamente relacionado con el desempleo, la degradación y estigmatización del espacio urbano, y suma la escasez de bienes materiales y simbólicos de quienes los habitan. Sin embargo, Segura enfatiza que, a pesar de estas condiciones adversas, los barrios populares no deben ser considerados como *ghettos* en el sentido estricto. A diferencia de los *ghettos*, donde los y las habitantes se quedan dentro y evitan salir, los habitantes de estos barrios toman acciones concretas para romper con las barreras geográficas impuestas por su entorno. Según Segura, las personas realizan esfuerzos para salir del barrio y acceder a bienes y servicios que no están disponibles en su comunidad, demostrando así una agencia activa en la búsqueda de mejores condiciones de vida. Esta movilidad hacia afuera del barrio, ya sea para acceder a empleo, educación, salud, o incluso para conectarse con otros espacios de la ciudad, refleja la capacidad de los y las residentes para resistir la marginación y desafiar las limitaciones impuestas por la pobreza y la exclusión. En este sentido, Segura aporta una visión matizada de la vida en los barrios populares, subrayando tanto las dificultades estructurales que enfrentan sus habitantes como su capacidad de agencia y resistencia frente a estas adversidades.

Merklen retoma esta idea y sostiene: “[f]rente a la desintegración de los lazos sociales a la que ha conducido la acción del Estado, las clases populares intentan como pueden, a veces incluso desesperadamente, replegarse y reencontrar cursos de acción eficaces” (2005, p. 39). Este repliegue, según el autor, no es simplemente una retirada pasiva, sino una estrategia de resistencia y reconfiguración social que busca reconstruir los vínculos comunitarios y generar nuevas formas de organización en respuesta a la crisis. Merklen observa que, ante la falta de apoyo estatal y la precarización de las condiciones de vida, las clases populares recurren a redes

informales de solidaridad, creando “estructuras de vecinazgo” y las organizaciones barriales anteriormente nombradas. Estas estructuras permiten a los y las habitantes enfrentar colectivamente las dificultades diarias, acceder a recursos básicos y, en muchos casos, articular demandas frente a las autoridades locales y nacionales.

A su vez, Cravino (2006) aborda el concepto de territorialización en los barrios populares, o villas como ella las denomina, desde una perspectiva que combina el análisis del espacio físico con las dinámicas sociales, económicas y políticas que configuran estos territorios. Sostiene que la territorialización no es un proceso espontáneo, sino que está profundamente influenciado por las políticas urbanas, la acción del mercado inmobiliario informal y las estrategias de supervivencia de sus habitantes. Así, este fenómeno está marcado por la lucha constante por la legalización de la tierra, el acceso a servicios básicos y la mejora de las condiciones de vida. Un aspecto fundamental que Cravino destaca es la relación entre el Estado y las villas. Argumenta que la intervención estatal en las villas ha sido históricamente ambigua y contradictoria. Por un lado, el Estado ha tratado de integrar estos territorios a la ciudad formal mediante políticas de urbanización y regularización y, por el otro lado, mantiene prácticas de exclusión y marginación que refuerzan la informalidad y la precariedad de estos espacios.

Siguiendo esta línea, Soldano (2010) propone que el Estado, a través de la falta de inversión en obra pública, el deterioro de la infraestructura social y las políticas sociales y económicas, fue “responsable plena de la instalación de la vulnerabilidad y la pobreza como lógica organizadora de la vida cotidiana en los barrios” (p. 2). Esta situación resultó en la “insularización” de los barrios, es decir un proceso de aislamiento tanto físico como simbólico, que se asemeja a las dinámicas de “relegación” socioeconómica descritas por Wacquant (2001). Este aislamiento no sólo hace referencia a la conectividad de los barrios, sino también se manifiesta en un plano subjetivo, reflejándose en las percepciones de sus habitantes sobre su posición en la sociedad y su relación con la ciudad en general. La creación de esta “territorialidad diferencial”, tal como ella la denomina, consolidó nuevas formas de vida caracterizadas por conexiones complejas.

En síntesis, estos autores coinciden en destacar cómo los barrios populares se configuran como territorios de resistencia y exclusión ante el desempleo, la marginalidad y la precarización de la vida. Segura, Grimson y Soldano enfatizan el aislamiento y la inmovilización que se produce al interior de los mismos, mientras que Merklen y Cravino subrayan las estrategias de repliegue y organización comunitaria que los y las habitantes desarrollan en respuesta a la desintegración

social y la retracción del Estado. Conuerdan en que, aunque estos barrios enfrentan condiciones adversas, también son escenarios de agencia activa, donde las redes de solidaridad y las prácticas de resistencia permiten a sus residentes negociar su lugar en la ciudad y luchar por mejores condiciones de vida.

Por su parte, Javier Auyero (2007) explora cómo las dinámicas de poder, la violencia, y las relaciones clientelares se entretajan en la vida cotidiana de los barrios populares. Para el investigador, la territorialización es un mecanismo complejo a través del cual se reproduce y naturaliza la desigualdad social y perpetúa la marginalidad. A diferencia de lo expuesto por Merklen y Segura en relación a que las redes de vecinazgo y las organizaciones barriales permiten el acceso a recursos básicos y la conformación de redes, para Auyero la exclusión y el control se ejercen a través de la dominación política de estas organizaciones barriales y sus prácticas clientelares. Si bien estas redes a menudo conectan a residentes con actores políticos y líderes locales, también actúan como mediadores del acceso a recursos y servicios básicos, reforzando la dependencia y limitando la autonomía de sus habitantes. En este contexto, el territorio se convierte en un espacio donde se juega la lucha por el reconocimiento y la supervivencia, pero también donde se consolidan relaciones desiguales de poder. Aunque enfrentan condiciones estructurales de exclusión, quienes viven en estos barrios desarrollan formas de resistencia y negociación que desafían la marginalización impuesta desde el exterior.

Ahora bien, estos espacios de exclusión y marginalidad generan tensiones significativas dentro de los barrios. Según Auyero y Sobering (2021), la violencia interpersonal se concentra en áreas urbanas vulnerables, como las “villas” o barrios populares, donde residen las personas más pobres. Esta violencia no es un fenómeno aislado, sino que está estrechamente vinculada a diversos factores que intensifican la conflictividad: la pobreza estructural, la creciente desigualdad, la escasez de empleo formal, la falta de cohesión social, la presencia del narcotráfico y la débil legitimidad del Estado en su ejercicio del monopolio de la violencia legítima. Los autores profundizan en que no se trata de una mera ausencia del Estado, sino de una presencia ambivalente, en la que el Estado “hace cumplir la ley y al mismo tiempo actúa como cómplice de lo que él mismo define como conducta criminal” (Auyero y Sobering, 2021, p. 183) resultando en violencia urbana. Esta dualidad contribuye a un entorno donde la violencia se normaliza como parte de la vida diaria.

Conflictividad en los barrios

En este apartado, se explorarán las distintas perspectivas y debates en torno a la conflictividad social en Argentina, particularmente en los barrios populares. Hemos encontrado que la literatura especializada ofrece dos enfoques principales: uno centrado en las protestas y movilizaciones sociales como manifestaciones de descontento ante la exclusión y la injusticia percibida (Schuster, 2006; Svampa, 2009), y otro que analiza la conflictividad interna de los barrios populares, abordando temas como la violencia interpersonal, la inseguridad, la lucha cotidiana por recursos escasos y las dinámicas de exclusión que configuran la vida diaria de sus habitantes (Auyero y Berti, 2007; Cravino, 2006; Kessler, 2009; Rebón, 2004).

El primer enfoque, apoyado por autores como Svampa (2009) y Gamallo et al. (2017), considera que las movilizaciones sociales -como los piquetes, los bloqueos y saqueos-, emergen como respuestas a la falta de representatividad política y a la exclusión económica y social. En contraste, el segundo enfoque, planteado por investigadores como Kessler (2009) y Auyero y Berti (2013) y Cravino (2006) exploran cómo la violencia se convierte en un componente omnipresente de la vida cotidiana, moldeando las relaciones sociales y reflejando profundas desigualdades estructurales. Ambos enfoques, aunque diferentes en su análisis, coinciden en destacar la importancia de entender cómo la exclusión y la falta de respuesta estatal exacerban la conflictividad social en Argentina.

Retomando el primer enfoque, observamos que la conflictividad social en Argentina suele ser abordado desde los enfoques analíticos de protestas sociales (Schuster 2006) y las movilizaciones sociales (Svampa, 2009). Estas manifestaciones de descontento social se caracterizan por la aparición de repertorios de acción nuevos o poco convencionales, estrechamente vinculados a formas de acción directa. Algunas formas que se han visto en Argentina son los saqueos, los estallidos sociales, los piquetes o bloqueos de rutas, y los escraches (Svampa, 2009). A su vez, aunque podían ser masivas y tener un impacto considerable en la agenda pública, estas manifestaciones no llegaban a escalar a niveles de violencia generalizada o inestabilidad extrema (Gamallo *et al.*, 2017).

En muchos casos, estas movilizaciones surgen como respuestas a dilemas sociales profundamente arraigados, donde la población percibe que sus necesidades y demandas no son atendidas por las estructuras estatales y que, por tanto, es necesario manifestarse públicamente para hacer oír su voz (Saldívar Garduño, 2005). Están íntimamente relacionados con la

percepción de injusticia que sienten determinados sectores de la sociedad; no solo refiere a cuestiones económicas, como la desigualdad de ingresos o la falta de acceso a servicios básicos, sino que incluye aspectos más amplios, como la sensación de falta de representatividad política y la exclusión social.

A efectos de esta investigación, resulta necesario entender la conflictividad social desde el año 2000, cuando se desató en Argentina una grave crisis política y económica. Esta época estuvo marcada por un fuerte aumento de la desocupación, pobreza e indigencia en medio de una profunda depresión económica. Se sucedieron cinco presidentes en menos de dos semanas, y el país fue escenario de protestas masivas y saqueos generalizados.

En este contexto, las organizaciones barriales, tal como mencionamos anteriormente, se encontraban ya sumamente fortalecidas. Constituidas lentamente a partir de movilizaciones en las calles y en su trabajo cotidiano en los barrios, lograron representar a los sectores más empobrecidos de la clase trabajadora en su búsqueda de mejorar sus condiciones de vida. Su demanda original era por “trabajo genuino”, pero ante la falta de respuestas del Estado, esta exigencia fue sustituida por planes laborales y sociales. Con una lógica de movilización y protesta, utilizando el corte de vías como herramienta emblemática, reclutaron a trabajadores no sindicalizados y a los afectados por el debilitamiento de los partidos políticos tradicionales en los barrios. En este contexto, las organizaciones piqueteras se convirtieron en espacios de contención, diálogo, resistencia y desarrollo de proyectos comunitarios para combatir el hambre, la desocupación y la exclusión (Antón et al., 2011).

Este período está caracterizado por el malestar y la protesta social generalizada y creciente y la emergencia de nuevos movimientos sociales – movimientos de empresas recuperadas por sus trabajadores, asambleas barriales, movimientos de ahorristas bancarios– y el desarrollo de otros movimientos surgidos previamente como los movimientos de trabajadores desocupados o piqueteros. (Antón et al., 2011, p. 21).

A diferencia de los enfoques que analizan la conflictividad desde las protestas y movilizaciones sociales, esta investigación se centra en la conflictividad que se desarrolla al interior de los barrios populares del conurbano bonaerense. Aunque las manifestaciones de la conflictividad son distintas, comparten un origen común: la *desalarización* y la pauperización de las condiciones de vida que llevaron a los sectores populares a replegarse en estos barrios, donde

la conflictividad adquirió formas específicas y se convirtió en parte de la vida cotidiana de las personas. Este fenómeno no solo se expresa a través de la violencia explícita, sino también mediante una tensión social latente, la lucha por recursos escasos y las interacciones cotidianas que evidencian una profunda desigualdad estructural (Rebón, 2004; Kessler, 2009; Cravino, 2006).

Existen numerosas investigaciones que abordan los conceptos de conflictividad e inseguridad en los barrios populares. Estos estudios comenzaron a proliferar en la década de 1990, en un contexto marcado por una percepción generalizada de crisis social y aumento del desempleo, lo que llevó a asociar la inseguridad con el concepto de “delito” (Logroño y Pates, 2020). En este marco, la juventud de sectores marginados fue frecuentemente señalada como el epicentro del problema (Isla y Míguez, 2010; Rodríguez Alzueta, 2014). Sin embargo, en un esfuerzo por captar la complejidad del fenómeno, algunos de estos trabajos -fundamentalmente los de Kessler (2009)- han diferenciado entre las nociones de crimen o delito con el de “sentimiento de inseguridad”. Mientras que el crimen se refiere a hechos concretos y verificables, el sentimiento de inseguridad alude a las sensaciones, percepciones y emociones que experimentan las personas, las cuales no siempre están directamente relacionadas con actos delictivos específicos. Estas emociones, que no se limitan al miedo, incluyen la ira, la indignación y la impotencia, y emergen en respuesta a cualquier situación percibida como una amenaza a la integridad física. Sentimientos que veremos a lo largo de este trabajo que viven las mujeres de los barrios bajo estudio.

El trabajo de Kessler (2009) subraya cómo la percepción del miedo, alimentada por la inseguridad real y la estigmatización de estos territorios, contribuye a la escalada de la conflictividad. En los barrios populares, la violencia y el conflicto son vistos tanto como amenazas externas como así también realidades omnipresentes que moldean las relaciones cotidianas. Esta percepción del miedo, según Kessler, no solo refuerza la desconfianza entre los y las vecinas, sino que también legitima prácticas de exclusión y control, tanto desde el Estado como hacia el interior de la comunidad, exacerbando así la conflictividad.

Investigaciones enfocadas en el análisis mediático de la inseguridad en dos barrios vulnerables de La Plata, provincia de Buenos Aires (Romero, 2020), revelan que los sectores populares describen la experiencia de inseguridad en relación a la constante exposición a situaciones de peligro, impactando toda su vida cotidiana. Esta cercanía se manifiesta en la convivencia con el delito, como el tráfico de drogas, la prostitución y los robos, así como en contextos de

vulnerabilidad social que resultan en una exposición constante con “el otro”. Este contacto o roce con otras personas, sin que haya una mediación institucional, puede poner en riesgo la integridad personal debido a comportamientos que no reconocen límites ni leyes. Así, “la organización de la vida cotidiana queda librada al propio hacer de los sujetos, sin una intervención pública institucional que establezca garantías” (Mathieu, 2020, p. 113).

En un análisis de la conflictividad en una “villa” de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Villa Fátima, Banessa Estigarribia (2015) afirma que disciplinas como la Sociología y las Ciencias Políticas, entienden la realidad social y sus conflictos como una batalla política continua entre grupos con objetivos opuestos. Esta perspectiva, fuertemente influenciada por la sociología weberiana y las ideas marxistas, enfatiza que los conflictos sociales surgen debido a las diferencias de poder, intereses y recursos entre estos grupos, y que estos conflictos son fundamentales para el cambio y la dinámica social. Así, es crucial el análisis histórico y la interpretación de la realidad a través de procesos multi e interfactoriales que transforman las relaciones sociales.

La autora afirma que la violencia en los barrios surge de conflictos intergrupales o interpersonales y no se limita a un evento específico, sino que es un componente integral en la formación, consolidación, transformación y destrucción de relaciones sociales. Impacta en la producción y reproducción de las condiciones de vida, así como en la construcción de identidades sociales e individuales. Esta violencia se manifiesta en ámbitos como la producción, distribución, cambio y consumo, y está intrínsecamente ligada a procesos sociales. Además, existen formas de violencia estructural, social y educativa que resultan de la desigualdad social y que impiden satisfacer necesidades básicas para la vida.

Por su parte, investigaciones que abordan la violencia en las escuelas extienden su análisis a otros ámbitos del barrio y a los diferentes usos de la violencia en su interior (Auyero y Berti, 2013). Así, se identifican diversas manifestaciones de la violencia en los barrios, interconectadas entre sí, como las represalias, la violencia para ejercer dominio territorial, la violencia en el espacio doméstico y la usada por madres y padres para disciplinar a sus hijos e hijas. Esta concatenación de violencias hace que los y las residentes de los barrios populares sean más susceptibles a ser tanto víctimas como victimarios de la violencia.

Otros autores y autoras ponen en el centro de la conflictividad al Estado y su relacionamiento con quienes habitan en los barrios. Ya fue soslayado en el caso de La Plata, en la que vecinos

y vecinas deben autogestionarse para la vida cotidiana dado un Estado que no está del todo ausente pero sí lo está de manera ineficiente. Retomando a Cravino (2006), la investigadora argumenta que la violencia dentro de estos barrios “se debe a una situación estructural entre las instituciones de seguridad (policía y Poder Judicial principalmente) y la población que los habita” (2018, p. 91). Esta situación se relaciona, entre otros aspectos, con el hecho de que estas instituciones no permiten que los y las habitantes de los barrios populares sean considerados como sujetos de la seguridad, lo que lleva a que los conflictos entre ellos deban ser resueltos entre sí mismos y con los recursos disponibles.

Esta situación, según Julián Rebón (2004), conlleva a una lucha por las condiciones de vida, incluyendo el espacio y la vivienda, entre quienes residen en los barrios vulnerables. Esta disputa permea los diversos conflictos internos. El autor identifica tres grandes ejes de conflictividad, que se entrecruzan constantemente, pero que los define analíticamente de manera aislada: 1. confrontación por robos al interior del barrio, 2. disputas entre pandillas por el control del tráfico de cuestiones ilegales y, 3. enfrentamientos por el control de la administración y distribución de recursos al interior del barrio.

Auyero (2013) ha explorado cómo las políticas del desorden y las protestas en los barrios marginales son expresiones de una conflictividad que emerge de la exclusión social y la precariedad. Sostiene que estos conflictos no son simplemente desórdenes espontáneos, sino que están profundamente enraizados en las condiciones estructurales que marginan a estos sectores. La conflictividad, en este sentido, es una forma de resistencia frente a la imposición de una marginalidad que no solo es económica, sino también política y simbólica. La acción colectiva, aunque a menudo desorganizada y caótica, es una respuesta a la falta de canales institucionales efectivos para expresar demandas y reivindicaciones.

Estos procesos descritos por los diferentes autores remiten al concepto de “*despacificación* de la vida cotidiana” utilizado por Loïc Wacquant para los guetos afroamericanos de Chicago (Dallorso, 2011) y que luego tomaran Auyero y Sobering (2021) para analizar la colusión entre narcotraficantes y policías y su relación con la violencia interpersonal en un barrio de Buenos Aires. Este proceso de *despacificación*, generado por la desinversión social y un alto control punitivo, facilita, entre otras cosas, la generalización de la violencia y un clima de temor al interior de los barrios. Así, la fragmentación territorial, que como sostiene Wacquant está estrechamente relacionada con la categoría de gueto, posee dos caras: el confinamiento y la generación de vínculos fuertes entre quienes residen en los mismos.

Sin embargo, estudios más recientes como el de Navarro (2016) aportan evidencia empírica para mostrar cómo las violencias y desigualdades dentro de los barrios han ido debilitando progresivamente los vínculos de solidaridad. Esto contrasta con las perspectivas de Merklen (2005) y Cravino (2005), quienes sostenían que la territorialización favorecía la formación de redes de solidaridad y veían a estos lazos como una forma de resistencia colectiva. A diferencia de estos enfoques, en su investigación realizada una década después, Navarro señala que “las desigualdades y las prácticas de fragmentación territorial se van agudizando, generando una tendencia hacia las microfragmentaciones, las cuales van de una lógica interbarrial hacia lo intrabarrial” (2016:, p.17).

Desde una perspectiva cronológica, esta revisión de los antecedentes sobre la conflictividad en los barrios populares permite observar cómo este fenómeno ha evolucionado con el tiempo. En sus inicios, el proceso de territorialización se percibía como un mecanismo que promovía la creación de redes de solidaridad dentro de los barrios (Merklen, 2005; Svampa, 2009). Sin embargo, estudios más recientes señalan un proceso de fragmentación interna, tanto como consecuencia como causa de la conflictividad. En este análisis, retomamos esta última línea para comprender cómo la conflictividad se integra en la vida cotidiana, tal como sugieren diversos autores, erosionando las relaciones sociales y vinculándose estrechamente con la exclusión y la desigualdad. Además, se exploran los procesos de microfragmentación, como plantea Navarro (2016), señalando que la fragmentación no solo ocurre entre diferentes barrios, sino también al interior de los mismos, intensificando el aislamiento y la desconfianza entre sus habitantes. En este contexto, resulta crucial entender estos procesos desde una perspectiva de género para analizar cómo son vividos específicamente por las mujeres.

En síntesis, la literatura sobre la conflictividad en Argentina aborda este fenómeno desde dos enfoques principales. El primero se centra en las protestas y movilizaciones sociales, que surgen como respuesta a la exclusión y la injusticia percibida, manifestándose a través de acciones como piquetes, bloqueos de rutas y saqueos. El segundo enfoque se centra en la conflictividad interna de los barrios populares, donde la violencia no solo es explícita, sino también se manifiesta en tensiones sociales, luchas por recursos escasos y relaciones cotidianas marcadas por la desigualdad estructural. Autores como Kessler (2009), Cravino (2015) y Auyero (2013) subrayan que esta conflictividad de la vida cotidiana está influenciada tanto por la inseguridad percibida como por la ineficacia del Estado, que contribuye a un entorno de exclusión y control social que exacerba la violencia y la marginalización en estos territorios.

La participación de las mujeres en la vida comunitaria

Diversos estudios han destacado el papel de las mujeres en los barrios populares, señalándolas como mediadoras comunitarias (Vommaro, 2017; Zibecchi 2018), representantes del Estado en dinámicas de redistribución (Dallorso, 2011) o incluso como trabajadoras de “ventanillas” (Schijman y Laé, 2010). Sin embargo, estos enfoques no se han detenido a analizar cómo las mujeres viven y enfrentan la conflictividad cotidiana en estos contextos. Mientras que investigaciones recientes, como la de Cabral (2019), critican la falta de una perspectiva de género en el estudio de la violencia y las prácticas delictivas, otras investigaciones feministas han comenzado a visibilizar el impacto de la violencia en las mujeres durante conflictos más amplios, como los armados (Byrne, 1995; Grande Gascón y Ruiz Seisdedos, 2016; Mendía Azkue y Guzmán Orellana, 2019; entre otros). Persiste, empero, una laguna en la comprensión del rol y las experiencias de las mujeres frente a la violencia y la conflictividad diaria en los barrios populares, fenómeno casi naturalizado, donde deben gestionar simultáneamente su papel tradicional de cuidadoras y enfrentarse a dinámicas de control y exclusión estructural.

En el caso de los barrios populares, tal y como se ha venido comentando, el espacio urbano, lejos de ser un escenario neutral, está configurado por relaciones de poder que influyen en cómo las personas lo experimentan y lo utilizan. En este contexto, esta configuración espacial tiene un impacto particular en las mujeres, quienes enfrentan formas de vulneración que están intrínsecamente ligadas tanto a su género como a la precariedad del entorno en el que viven. En estos barrios, las mujeres asumen una doble carga: por un lado, deben lidiar con las demandas tradicionales de cuidado y trabajo doméstico que le son asignadas al nacer, y por otro, enfrentan la violencia estructural y directa que permea sus vidas cotidianas.

Paura y Zibecchi (2018) argumentan que la participación de las mujeres en las organizaciones territoriales forma parte de un proceso de *feminización del ámbito comunitario*, un espacio donde confluyen las necesidades de los sectores populares y las políticas sociales del Estado, fundamentalmente de corte asistencialista como los programas de transferencias de ingresos no condicionados. Dentro de estas organizaciones, las mujeres desempeñan roles esenciales como “referentes”, “beneficiarias” y “voluntarias”, actuando como mediadoras e interlocutoras clave con las burocracias estatales, especialmente con las llamadas “burocracias de calle”, término que recogen de Lipsky (1980)⁵. Son también canales para la distribución de recursos -

⁵ En su libro *Street-Level Bureaucracy: Dilemmas of the Individual in Public Services* (1980), Lipsky define a quienes trabajan en el sector público y que interactúan directamente con la ciudadanía en la aplicación cotidiana de políticas públicas como

dinero, becas, alimentos, capacitaciones- que provienen de estas políticas y programas sociales asistenciales. La importancia y el impacto de estas tareas han dado lugar a lo que algunos estudiosos denominan “maternalismo” en la provisión de servicios sociales. En este enfoque, los servicios estatales se enfocan principalmente en las mujeres, pero lo hacen atendiendo principalmente a su papel tradicional como responsables del cuidado y la reproducción.

Por su parte, en su investigación sobre el rol de las trabajadoras vecinales del Plan Más Vida– Comadres, comúnmente conocidas como “manzaneras”, Dallorso (2011) sostiene que estas mujeres ejercían un control social de la vida cotidiana en los barrios populares y en la gestión de los conflictos domésticos y comunitarios. Estas mujeres voluntarias tenían como responsabilidad la distribución diaria de leche fluida, la “copa de leche”, y algunos alimentos, así como también de estrechar los vínculos entre las beneficiarias y los centros de salud. El Plan Comadres, activo desde 1997, buscaba apoyar a las embarazadas mediante información y orientación. Es interesante notar algunos aspectos de este programa: estas mujeres ejercían este rol de cuidadoras de otras mujeres; lo hacían desde sus propios hogares -el ámbito doméstico, lugar que le es asignado a las mujeres- y lo hacían de manera no remunerada, reforzando los estereotipos de género. Retomamos aquí las ideas de Dalla Costa y James (1975) que sostenían que el trabajo no pagado de las mujeres en sus hogares constituyó la base del sistema social de producción capitalista que benefició a los varones salarios.

Además, esta distribución de bienes y servicios les permitía recibir una cantidad de información sobre lo que ocurría en el barrio. Información crucial para la gestión de conflictos barriales, puesto que permitía también al Estado acceder a datos que los mecanismos formales no pueden captar. Este saber, basado en la convivencia, el manejo de rumores y la confidencia, permitía a estas trabajadoras administrar el prestigio de los y las vecinas y facilitaba intervenciones más eficientes por parte de las autoridades municipales y provinciales. Pese a este rol de sujeto de control, tal como afirma el autor “se produce una yuxtaposición de prácticas de cuidado y prácticas de control y, en consecuencia, en los discursos de las trabajadoras vecinales permanece, generalmente indiscutida, la *maternalización* de las mujeres y la feminización de lo doméstico” (Dallorso, 2011, s.n.p.).

Otra mirada para comprender cómo las mujeres interactúan con el Estado en contextos de vulnerabilidad lo aportan Schijman y Laé (2011). Tomando un barrio precario de París,

“burócratas de calle”. Pueden ser policías, maestras, trabajadores sociales, funcionarios/as de servicios sociales, y otros agentes que operan “en la calle” o en contacto directo con el público.

analizan cómo ellas, a menudo las principales gestoras de los hogares, deben realizar constantes visitas a las oficinas estatales para acceder a derechos y servicios básicos. Son ellas las que deben salir de sus hogares, negociar con las autoridades, obtener favores. Estas “rondas” por las ventanillas del Estado revelan un trabajo invisible, no remunerado y altamente burocratizado que implica una considerable inversión de tiempo y energía por parte de las mujeres y que perpetúa su marginalización.

En cuanto al rol de las mujeres en los conflictos, si bien no se han encontrado suficientes análisis de las conflictividades en barrios populares con perspectiva de género, sí “[e]xisten cada vez más investigaciones feministas que buscan visibilizar y analizar las formas en que los conflictos armados y la violencia colectiva impactan sobre las mujeres” (Mendia Azkue y Guzmán Orellana, 2019, p. 21). Casos como los ocurridos durante el conflicto armado de Colombia, donde se documentaron más de 1000 situaciones de violaciones a los derechos humanos de las mujeres, la sentencia Sepur Zarco en Guatemala que condenó a un militar y un comisionado militar por delitos de violencia sexual, esclavitud sexual y esclavitud doméstica durante el conflicto armado, o la querrela presentada en 2016 por crímenes de género durante el franquismo en España, representan ejemplos de la importancia de incorporar la lente de género en los conflictos.

La autora que sí aborda esta temática es Paz Cabral. En su tesis doctoral (2019) argumenta que los estudios existentes sobre experiencias delictivas, prácticas violentas y conflictividades, se enfocaron principalmente en jóvenes varones de sectores populares. No obstante, la autora subraya las limitaciones de estos análisis, al no abordar estos temas desde una perspectiva de género. La mayoría de las investigaciones privilegian las experiencias masculinas, lo que resulta en la subsunción e invisibilización de las especificidades de las mujeres, especialmente las jóvenes, y de otras identidades de género.

En su investigación sobre las conflictividades, delitos y violencias que involucran a jóvenes en la ciudad de La Plata, Cabral adopta la perspectiva de género para examinar cómo se construyen las feminidades hegemónicas en estos contextos. Cabral concluye que, en estos barrios, la idea de femenino se diferencia de lo masculino, en cuanto a que no suele estar vinculada a la fortaleza, valentía, ni a la capacidad de protección hacia los demás. Por esta razón, las jóvenes rara vez se involucran en conflictos, ya que hacerlo podría transgredir ideales sociales de feminidad, como el de ser “tranquila” o “calmada” que pueden acarrear “sanciones morales”, como ser etiquetadas de “marimachos”, entre otros calificativos.

En conclusión, la revisión de la literatura revela que, aunque diversos estudios han reconocido el papel clave de las mujeres en los barrios populares como mediadoras comunitarias, representantes del Estado en la redistribución de recursos, o agentes de control social, persiste un importante vacío en la comprensión de sus experiencias frente a la conflictividad cotidiana y las dinámicas de exclusión que enfrentan. La mayoría de las investigaciones se ha centrado en las experiencias de jóvenes varones, dejando de lado las especificidades de género que condicionan las vivencias de las mujeres en estos contextos. A pesar de que algunas investigaciones feministas han comenzado a visibilizar el impacto de la violencia en las mujeres durante conflictos armados, aún es necesario profundizar en cómo estas dinámicas se manifiestan en los espacios cotidianos de los barrios populares. Es crucial entender la conflictividad cotidiana —no solo la de grandes eventos— y cómo las mujeres la experimentan y responden de manera diferenciada.

Algunas claves conceptuales

En este apartado desarrollamos los conceptos fundamentales que enmarcan el análisis de la presente tesis, proporcionando las herramientas teóricas necesarias para comprender la experiencia y lugar de las mujeres en la conflictividad de los barrios populares del conurbano bonaerense. Los conceptos de territorialización, *insularización*, *despacificación*, sentimiento de inseguridad, y la feminización de lo doméstico son clave para entender cómo las mujeres enfrentan y resisten la marginalización en su vida cotidiana.

El concepto de territorialización es central a los fines de la presente investigación puesto que nos permite entender cómo los sectores populares en Argentina han construido sus espacios de vida en los márgenes urbanos. Retomamos aquí a Denis Merklen (2005) y otros autores como Grimson (2009) y Cravino (2006), quienes describen a la territorialización como el proceso mediante el cual, a partir de la pauperización y la desindustrialización que vive la Argentina a partir de la década de 1970, emergen los barrios populares como espacios donde sus residentes se repliegan y organizan para resistir la exclusión social. Esta noción no se limita a la ocupación del espacio físico, sino que incluye la construcción de un sentido de pertenencia y comunidad que permite a sus habitantes negociar con el Estado y otros actores sociales, generando dinámicas particulares de interacción social y política. El concepto de territorialización da luces sobre cómo las personas que habitan en Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo conviven dentro de su comunidad y, pese a las adversidades del entorno, no conciben su vida en otro lugar.

A partir del fenómeno de territorialización, algunos autores como Soldano (2010) amplían su análisis al introducir el concepto de *insularización*, que describe el aislamiento físico y simbólico que viven los residentes de los barrios populares. Este proceso, similar a las dinámicas de “relegación” socioeconómica observadas por Wacquant (2001) en los guetos afroamericanos, implica no solo una desconexión geográfica con el resto de la ciudad —algo se hace evidente en el capítulo 3— sino también una exclusión en términos de acceso a oportunidades económicas, sociales y políticas.

En este sentido, Navarro aporta al análisis al señalar la “microfragmentación” que no solo aísla a los barrios entre sí, sino que también genera divisiones dentro del propio barrio, exacerbando el aislamiento interno. Así, la *insularización* no solo se manifiesta en la desconexión del barrio con el entorno urbano, como indica Soldano (2010), sino también en las fracturas que ocurren al interior del barrio. Veremos que el sentimiento de inseguridad experimentado por los y las vecinas, especialmente las mujeres, refuerza un repliegue hacia el espacio doméstico, consolidando lo que se puede denominar una “territorialidad diferencial” que intensifica la marginalización y perpetúa estereotipos de género (Butler, 1990). Por tanto, en esta investigación, adoptaremos el concepto de *insularización* propuesto por Soldano (2010), reinterpretándolo como lo hace Navarro (2016) para comprender no solo el aislamiento entre los barrios, sino también el retraimiento que se produce dentro de los hogares, especialmente en el caso de las mujeres, debido a las dinámicas internas de inseguridad y exclusión.

El concepto de *despacificación*, introducido por Loïc Wacquant, se refiere a la erosión de la paz social en los espacios urbanos marginalizados, un fenómeno que se manifiesta en la normalización de la violencia y la inseguridad. En el marco de esta tesis, la despacificación se utiliza para describir cómo en los barrios populares del conurbano bonaerense, específicamente en Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo, la retirada del Estado y la falta de inversión social han generado un entorno donde la violencia se convierte en una realidad cotidiana. Esta situación es tan intensa que, como veremos en el capítulo 4, las personas más jóvenes llegan a naturalizarla al punto de no ser conscientes de que están inmersas en ella y sea percibida como parte integral de su vida diaria.

Sin embargo, las mujeres mayores parecen vivir con un temor constante a lo que pueda suceder en “la calle”. En este contexto, el concepto de “sentimiento de inseguridad” desarrollado por Gabriel Kessler (2009) es especialmente relevante, dado que se refiere a las percepciones, emociones y sensaciones de miedo, ira, indignación e impotencia que las personas

experimentan en situaciones de vulnerabilidad, sin que éstas necesariamente estén vinculadas a actos delictivos específicos. Como analizaremos en el capítulo 4, esto se refleja en los testimonios de las mujeres que mencionan temor a las motos que circulan por la calle, pese a que no cometen en ese momento ningún delito, pero que su sola presencia estruendosa asusta a las residentes. Kessler distingue entre la inseguridad objetiva, basada en hechos concretos de criminalidad, y la inseguridad subjetiva, que abarca la forma en que los residentes de barrios populares perciben y viven un peligro constante, exacerbado por la estigmatización y la exclusión social. Este sentimiento de inseguridad, a menudo intensificado por la falta de cohesión social y la desconfianza entre vecinos, refuerza las prácticas de control y exclusión, tanto por parte del Estado como dentro de las propias comunidades.

En el análisis de la feminización de lo doméstico en los barrios populares, es fundamental considerar cómo las dinámicas sociales y económicas refuerzan la asignación de roles de género tradicionales. Las teorías feministas iniciales, como las de Butler (1990) y Dalla Costa (1975), subrayaban el rol de las mujeres como cuidadoras del hogar, lo cual las confinaba al espacio doméstico y limitaba su participación en el ámbito público. Sin embargo, estudios posteriores, como los de Paura y Zibecchi (2018) y Dallorso (2011), evidencian un proceso paralelo al de la territorialización, en el que las mujeres de los barrios populares comenzaron a trascender el ámbito doméstico, dejando de ser exclusivamente cuidadoras del hogar para asumir un rol de cuidado más comunitario, participando (y haciéndose cargo frente a un Estado ausente) de comedores, merenderos escolares o espacios de cuidado infantil. No obstante, la presente investigación dialoga con estas perspectivas conceptuales y sugiere que, ante la microfragmentación resultante de la conflictividad cotidiana que experimentan las mujeres en los barrios populares, tal como sugiere Navarro (2016), las mujeres se han replegado nuevamente hacia el hogar como una estrategia de supervivencia.

Finalmente, estos conceptos permiten comprender cómo las mujeres en los barrios populares enfrentan una compleja interacción de exclusión, violencia e inseguridad, y cómo desarrollan estrategias de resistencia y negociación en un entorno marcado por la *insularización* y la *despacificación*. Al centrarnos en su rol como cuidadoras del hogar y reproductoras de la vida, revelamos la importancia de comprender el fenómeno de la conflictividad desde la óptica de las mujeres, para dar cuenta de la necesidad de romper con los estereotipos de género.

CAPÍTULO 3 – LA VIDA EN LOS MÁRGENES. LÓGICAS DE POBREZA Y DESARTICULACIÓN

La conformación de los barrios populares en la provincia de Buenos Aires

América Latina enfrenta actualmente importantes desafíos estructurales en un entorno incierto debido a factores como los choques económicos, climáticos, tecnológicos y geopolíticos. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), estos fenómenos concatenados han generado una prolongada crisis social, especialmente en las áreas de salud y educación (Panorama Social de América Latina 2022 y 2023). Además, se ha profundizado la crisis en torno al cuidado y las disparidades de género, a la par de problemáticas como la inseguridad alimentaria, energética y el crecimiento del costo de vida (CEPAL, 2022).

Este fenómeno ya tiene largo aliento. En la región, la pandemia generada por COVID-19 irrumpió en el contexto de estancamiento económico, distribución del ingreso y bienestar, que venía dándose desde 2014. Desde ese año, hace ya una década, el crecimiento promedio de la región ha sido notablemente reducido, registrando un 0,8% (CEPAL, 2023). Este prolongado período de bajo crecimiento ha generado círculos viciosos acumulativos que han sumido a la región en una situación de doble trampa, caracterizada por un crecimiento limitado y niveles elevados de desigualdad.

La situación en Argentina no es ajena a este panorama. Tras un período inicial de mejoras económicas y sociales a principios de 2000, el país entró a un periodo de estancamiento económico, crisis en el sector externo, altos índices de inflación y, más recientemente, una significativa acumulación de deuda con organismos multilaterales. Durante el período 2014-2017, el país experimentó ciclos económicos cortos de expansión y contracción, con un modesto crecimiento del PIB del 3%, sin mejoras significativas en el PIB per cápita (Leda et al., 2023). Esto se vio acompañado de un régimen inflacionario que afectó fuertemente los ingresos reales.

A su vez, a partir de 2018, una salida masiva de capitales provocó una devaluación abrupta, aumentando la inflación y afectando el poder adquisitivo. Esto se reflejó en una contracción del PIB del 4.5% en dos años, un incremento de la desocupación y un deterioro del empleo decente. Esta coyuntura se agravó aún más en 2020, con una caída del PIB del 9.9% y un impacto desproporcionado en sectores como hotelería, gastronomía y construcción, debido a la pandemia generada por COVID-19 y las medidas de restricción a la movilidad adoptadas por

el gobierno en el marco del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) y luego el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO). Estos sectores productivos, a su vez, tienen una alta tasa de informalidad laboral, cuyos trabajadores y trabajadoras se encontraron en una situación de mayor vulnerabilidad y que, a su vez, generó también una consolidación del sector informal⁶.

El ciclo de estancamiento económico y crisis agravada por la pandemia tuvieron como consecuencia un empobrecimiento y empeoramiento de la distribución del ingreso a la misma vez. En términos generales, los porcentajes de pobreza en Argentina oscilan entre el 25,9% y el 44,7% y entre el 17,5% y 25% de indigencia desde 2010 a la fecha (Salvia, 2023). Ahora bien, se produce un incremento evidente de la pobreza y la indigencia durante el periodo 2017-2020, siendo este último año especialmente crítico debido a la crisis sanitaria por COVID-19. Esta situación agravó aún más la precaria situación económica que ya experimentaban los hogares, en un contexto, como decíamos, marcado por profundas desigualdades estructurales.

Estos elevados índices de pobreza y de desigualdad se relacionan con otras problemáticas, incluyendo la existencia de villas o asentamientos precarios. El Registro Nacional de Barrios Populares (RENABAP)⁷, da cuenta de 6.467 barrios populares en Argentina, donde se estima residen 1.237.795 familias, quienes en su mayoría acceden a conexión irregular a la red pública de agua corriente y de electricidad y poseen desagüe sólo a pozo ciego u hoyo⁸. En línea con las estimaciones del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) sobre los mayores índices de pobreza e indigencia en el Conurbano de la provincia de Buenos Aires, también se observa que más del 30% (2.065 en total) de estos barrios se encuentran en dicha provincia.

Originalmente denominadas “villas miserias” (Bernardo Verbitsky las llamó así en 1957 para enfatizar su precariedad), estos barrios nacieron en la década de 1930 a raíz de los aluviones migratorios provenientes del interior del país. Fueron también denominadas “villas de emergencia” para sugerir una supuesta transitoriedad en la que las personas inmigrantes residían hasta lograr mejorar su situación económica, en una Argentina caracterizada por la movilidad social. No obstante, con el tiempo, estas soluciones temporales se convirtieron en

⁶ Para mitigar estos efectos, se implementaron medidas de protección social, como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) y bonos especiales para grupos vulnerables.

⁷ Creado en 2017 mediante el Decreto 358/2017, el RENABAP, dependiente de la Secretaría de Desarrollo Territorial, Hábitat y Vivienda del Ministerio de Economía, tiene el objetivo de relevar, identificar y registrar los barrios populares que se encuentran en situación de vulnerabilidad. Son aquellos asentamientos urbanos informales que carecen, total o parcialmente, de acceso regular a servicios básicos como agua corriente, electricidad, cloacas, entre otros.

⁸ Información extraída del Observatorio de Barrios Populares, disponible en: [RENABAP | Observatorio de Barrios Populares \(google.com\)](https://renabap.gob.ar/observatorio-de-barrios-populares)

espacios permanentes de vida, donde los y las habitantes desarrollaron identidades propias “la identidad villera”, manifestando una resistencia implícita a desplazarse a otros lugares más urbanizado. Este proceso de *territorialización*, retomando a Merklen (2005), se profundiza con el retorno a la democracia tras la última dictadura militar (1976-1983) cuando las “villas” comienzan a crecer en número y tamaño hasta alcanzar las dimensiones actuales (Estigarribia, 2015). Así, la territorialización no solo implica ocupar un espacio, sino también la creación de un territorio social y simbólico que redefine y reivindica la relación de estos barrios con el resto de la ciudad.

Fue en esta época, la década de 1990, que se implementaron las políticas socioeconómicas de ajuste estructural, siguiendo las directrices del Consenso de Washington. Tal como vimos en el capítulo 2, estas medidas produjeron una fuerte *desalarización* de las clases obreras y un incremento de la pobreza, desplazando a muchas personas a los márgenes urbanos, en un fenómeno de *territorialización*. Además, estas medidas tuvieron un significativo impacto en la estructuración del suelo y los procesos socio-espaciales (Jauri y Yacovino, 2011). Por un lado, la privatización de servicios básicos y la construcción de autopistas privadas con peaje para conectar el AMBA provocaron un aumento en los precios del suelo y en los inmuebles en la periferia urbana. A su vez, la modificación y reducción de financiamiento y mecanismos regulatorios de los principales organismos vinculados a la provisión de vivienda social y la aplicación de una “política del fragmento” o planificación estratégica, destinada a revalorizar áreas previamente obsoletas o degradadas, hicieron estas áreas más atractivas para sectores medios y altos. Finalmente, la implementación de políticas diferenciales y focalizadas para el hábitat precario e informal.

Al correlacionar la cronología de la creación de estos asentamientos populares con los índices de pobreza del país, se evidencia que la década de 2000 representó el periodo de mayor proliferación de estos barrios, abarcando un 23,8% del total⁹. Este fenómeno refleja el proceso de empobrecimiento experimentado por el país, con un fuerte impacto en la vida de las personas asalariadas, conforme se detalló en la sección previa.

Para darles una entidad propia y poder medirlas, se pasó del término comúnmente utilizado de villas (así como también asentamientos y urbanizaciones informales) a la definición conceptual de barrio popular, los cuales “se constituyeron mediante diversas estrategias de ocupación del

⁹ Datos extraídos de RENABAP | Observatorio de Barrios Populares › Datos barrios ReNaBaP (google.com)

suelo, que presentan diferentes grados de precariedad y hacinamiento, un déficit en el acceso formal a los servicios básicos y una situación dominial irregular en la tenencia del suelo” (Ministerio de Desarrollo Social, 2022, p.9). En términos operativos, los barrios populares se definen como aquellos conformados por un mínimo de ocho familias, de las cuales más de la mitad carecen de título de propiedad del suelo y carecen acceso formal a al menos dos servicios básicos, como agua corriente, energía eléctrica con medidor, y/o red cloacal formal.

Actualmente, el Gobierno Nacional, a través del Observatorio de Barrios Populares del Registro Nacional de Barrios Populares (RENABAP)¹⁰, estima una población de 1.237.795 familias viviendo en 6.467 barrios populares en todo el país. Esto equivale a una superficie de 684.201.855 kilómetros cuadrados (del total de 2.791.810 que corresponden a la parte continental americana de la República Argentina) en los que se encuentran 1.124.797 viviendas. Del total de barrios populares, 2.065 se encuentran en la provincia de Buenos Aires, la gran mayoría en el conurbano bonaerense, el cual comprende los 24 municipios que rodean a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C.A.B.A.)¹¹.

A su vez, el RENABAP tipifica a los de barrios populares en dos categorías, las villas y los asentamientos, aunque reconoce la existencia de otras prácticas habitacionales como los conventillos o los conjuntos de viviendas sociales construidas por el Estado sin regularidad dominial ni acceso formal a servicios básicos. Los primeros son barrios caracterizados por conjuntos de viviendas que forman una trama urbana irregular, no organizados en manzanas. Carecen de infraestructura urbana adecuada y la circulación se realiza principalmente a través de pasillos estrechos. En las grandes ciudades tienden a crecer en altura debido a la escasez o ausencia de terrenos disponibles. Por su parte, los asentamientos se distinguen por mantener conjuntos de viviendas que procuran preservar la trama urbana como una extensión del tejido de la ciudad formal. En su mayoría, los terrenos están subdivididos en parcelas que forman manzanas, manteniendo la disposición de las calles. Frecuentemente, se reservan áreas para

¹⁰ Disponible en: RENABAP | Observatorio de Barrios Populares (google.com)

¹¹ Originalmente, el término conurbano bonaerense se aplicaba sólo a los partidos limítrofes con la C.A.B.A., pero debido al crecimiento demográfico de la zona en las últimas décadas, la región se ha expandido, incorporando sucesivos cordones. Según la Ley 13.473 de la Provincia de Buenos Aires de 2006, los municipios que componen el conurbano bonaerense son: Avellaneda, Quilmes, Berazategui, Florencio Varela y Almirante Brown en la zona sureste; Berisso, Ensenada y La Plata en la región de Gran La Plata; Presidente Perón, San Vicente, Esteban Echeverría y Ezeiza en el sur; Lanús, Lomas de Zamora y La Matanza en el sudoeste; Vicente López, San Isidro, San Fernando, Tigre y Escobar en el noreste; Merlo, Moreno, General Rodríguez y Pilar en el noroeste; San Martín, Tres de Febrero, San Miguel, Malvinas Argentinas y José C. Paz en el centro norte; y Morón, Hurlingham, Ituzaingó y Marcos Paz en el oeste.

equipamiento y zonas verdes. La densidad poblacional suele ser menor que en las villas. Como se verá más adelante, esta última tipología es la que corresponde a los barrios bajo estudio.

“Las villas se caracterizaron históricamente por la precariedad de los materiales de construcción, el déficit de servicios de infraestructura, la trama irregular, el hacinamiento, y la irregularidad respecto a la propiedad de las tierras” (Rebón, 2016, p. 9). Actualmente se estima que en la provincia de Buenos Aires, casi el 60% de las personas que residen en barrios populares no cuenta con acceso a la red de electricidad formal, menos del 15% posee conexión formal a la red de agua con factura, solo un 5% a la red cloacal formal (teniendo solo 60% de desagüe sólo a pozo negro/ciego u hoyo), y un 4% a gas natural¹².

La falta de una vivienda digna para una gran parte de la población bonaerense es una de las problemáticas más desafiantes de la actualidad. Para el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) este escenario no solo se explica como un problema de pobreza, sino también por el modo de funcionar de los mercados inmobiliarios y del Estado, los cuales “generan las condiciones para la reproducción de la exclusión y la desigualdad territorial” (2017, p. 11). El primero, por su carácter especulativo que provoca aumento de precios y el segundo, por su ineficiente e inadecuado accionar en el campo de la regulación territorial.

Un relevamiento de la Secretaría de Integración Social y Urbana de la Nación realizado en 2021 que analizó los factores de riesgo en las cercanías de 1.001 barrios populares del Gran Buenos Aires, detectó la presencia de al menos un factor de riesgo en más del 86% de los barrios populares del Gran Buenos Aires y en el 61% de ellos se identificaron entre dos y cuatro, siendo los factores de riesgo la inundabilidad por precipitaciones, los terrenos en pendientes pronunciadas y la proximidad a sitios de disposición de basura, a cuerpos o cursos de agua, a rutas de alta velocidad, a torres de alta tensión y a vías de ferrocarril. Esto indica que las condiciones de vulnerabilidad están ampliamente extendidas entre estos asentamientos. Los tres factores de riesgo más comunes fueron la vulnerabilidad a inundaciones por precipitaciones (61.14%), la proximidad a sitios de disposición de residuos, sea en forma de basurales, microbasurales o desechos industriales (51.85%), y la presencia de cuerpos de agua cercanos (42.96%).

¹² Datos extraídos de ReNaBaP | Observatorio de Barrios Populares › Datos barrios ReNaBaP (google.com)

Caso de estudio: Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo

El Municipio General San Martín se encuentra en el noreste del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Linda con Vicente Lopez, San Isidro, San Fernando, Tigre, San Miguel, Tres de Febrero y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Fundado en 1864, cobra auge con la llegada del ferrocarril una década después, lo que también permite su desarrollo industrial y la expansión de la traza urbana. “Su historia está atada a la del desarrollo industrial argentino y a los procesos socio-espaciales vinculados con la urbanización del aglomerado” (Acero Vargas, 2018, p. 43).

Este municipio, a su vez, experimentó las consecuencias de la concepción higienista de la última dictadura militar, que buscaba descentralizar el aglomerado urbano de la capital a través de una estructura polinuclear. Se construyeron, así, autopistas para mejorar el flujo de mercancías y facilitar el acceso a las periferias que serían urbanizadas por sectores de altos ingresos. También se proyectó un "Cinturón Ecológico" que incluía el relleno de terrenos bajos con residuos, la creación de parques recreativos y la mejora de la conectividad vial mediante el Camino del Buen Ayre. Por su parte, para eliminar los focos de contaminación causados por basurales a cielo abierto, se adoptó una nueva estrategia de gestión de residuos de relleno sanitario, que se ubicó en el extremo norte del municipio, sobre la cuenca del río Reconquista, cruzando el Camino del Buen Ayre frente a lo que hoy es Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo. Asimismo, se creó la empresa estatal Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), integrada por los gobiernos de la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires, que se encargó de transportar y disponer los residuos finales (Acero Vargas, 2018).

La presente investigación se centrará en tres barrios vecinos de la localidad de Loma Hermosa de este municipio: Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo. Los tres barrios son considerados como un caso de estudio ya que individualmente son pequeños, limítrofes y comparten las mismas características urbanísticas y de sociabilidad, tal como se verá más adelante. Los mismos vecinos y vecinas no hacen diferenciaciones y desconocen los límites que les separan. En su conjunto, al norte están limitados por el Camino del Buen Ayre, y al este, por un arroyo que los separa del asentamiento 9 de Julio. Tomando datos del Observatorio de Barrios Populares, estos tres barrios cubren una superficie de 840.276 metros cuadrados y albergan a aproximadamente 4.378 familias en 3.980 viviendas. El barrio de mayor magnitud es Costa Esperanza, con una superficie de 499.455 metros cuadrados y una población de 2.970

familias que se distribuyen en 2.700 viviendas aproximadamente. En segundo lugar se encuentra 8 de Mayo con una superficie de 225.506 y 770 familias en 700 viviendas. Finalmente, el barrio más pequeño en extensión es Costa del Lago, con una superficie de 115.315 metros cuadrados, pero con una población de 580 familias habitando en 638 viviendas¹³. Si bien el observatorio no presenta la información por barrio desglosada por sexo o por género, de acuerdo al mismo informe del Organismo Provincial de Integración Social y Urbana (2019) que recoge estimaciones del censo de 2010, la población se distribuye de la siguiente manera: 50,46% varones y 49,54% mujeres en Costa Esperanza, y, en conjunto, 49,91% varones y 50,09% mujeres en Costa del Lago y 8 de Mayo. Esta composición es similar a la provincia de Buenos Aires que sí calcula el observatorio para los barrios populares y es de 52,63 % de personas género femenino, 47,35 % de personas género masculino y 0.02% de personas de otro género.

Estos barrios ubicados en la Cuenca del Río Reconquista se conformaron mediante procesos de asentamiento y toma de tierra irregular a partir de 1997. Como hemos visto, esta década estuvo marcada por la pauperización de las clases trabajadoras debido a las políticas neoliberales (Grimson, 2009) y al retiro del Estado (Merklen, 2005), en un contexto que refleja el proceso de territorialización analizado por diversos autores (Merklen, 2005; Svampa, 2009; Grimson, 2009). Además, coincide con lo señalado por Cravino (2006) sobre el accionar de los mercados inmobiliarios informales, que convirtió los terrenos de la periferia urbana en opciones económicamente más accesibles que las de la ciudad. Esto hizo que la toma de tierras se convirtiera en una posibilidad y una estrategia de supervivencia para los sectores populares, que ya no encontraban un lugar dentro de la urbe.

Debido a que el terreno de estos tres barrios se encuentra en cotas inferiores a las aceptables para el desarrollo urbano (OPISU, 2019), a partir de las ocupaciones, cada nuevo habitante se encargó de rellenar su lote con escombros y tosca (a veces mezclados con residuos) antes de construir sus viviendas. Ante la falta de infraestructura y servicios públicos, una situación que, como señala Soldano (2010), también se dio en estos barrios, los vecinos y vecinas se organizaron para gestionar por su cuenta el acceso a servicios esenciales, como agua y electricidad, de manera informal. Este esfuerzo comunitario dio lugar a lo que Merklen (2005)

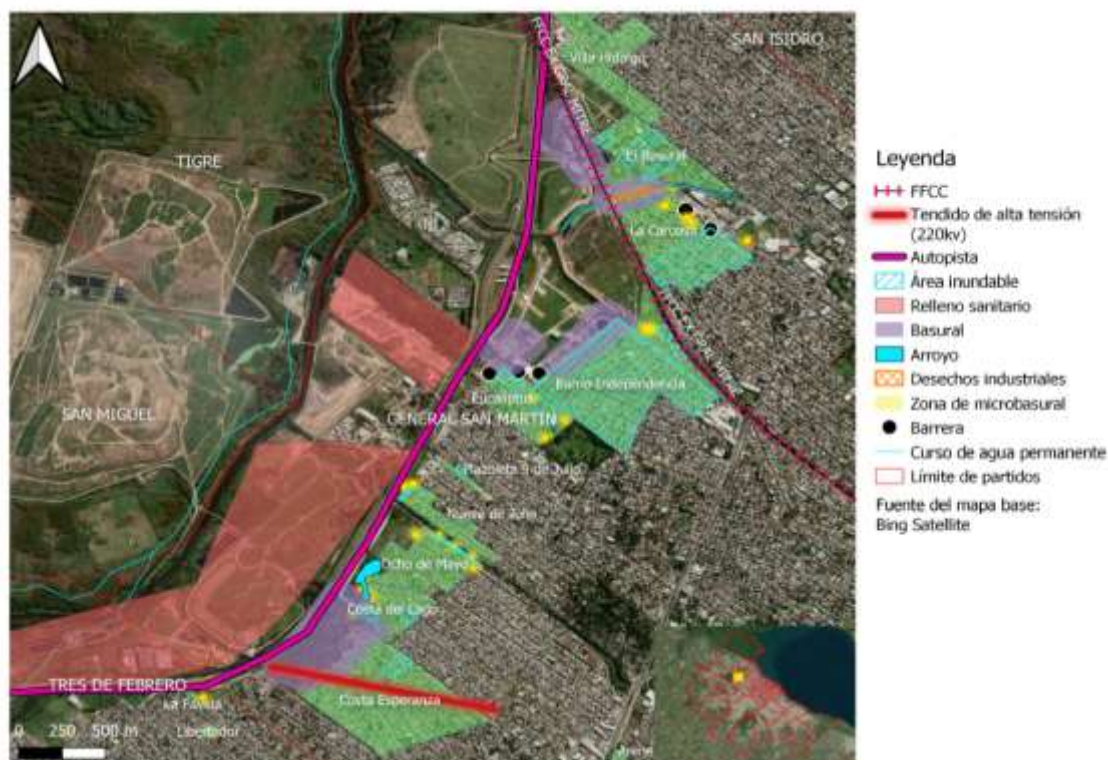
¹³ [RENABAP | Observatorio de Barrios Populares \(google.com\)](#)

describe como “redes de vecinazgo”, mediante las cuales se unieron para conseguir, de manera conjunta, los recursos básicos necesarios.

Así, actualmente según el Observatorio de Barrios Populares, toda la población de estos barrios posee conexiones irregulares a la red eléctrica. Casi el 70% de las viviendas están conectadas de manera irregular a la red de agua, mientras que el resto utiliza bombas de agua de pozo domiciliarias. Asimismo, cerca del 70% de las viviendas tienen desagüe a cámara séptica y pozo ciego, y el resto dispone de desagüe solo a pozo negro/ciego o a un hoyo. No hay tendido de gas natural, por lo que todas las viviendas deben utilizar gas en garrafa, que suele ser significativamente más caro que el natural.

Pese a estos avances, es importante también mencionar que, siguiendo la tipología de la Secretaría de Integración Social y Urbana de la Nación, estos barrios presentan diversos factores de riesgo. Entre ellos se incluyen su límite con la autopista del Buen Ayre, una vía de rápida circulación; su proximidad a uno de los sitios de disposición de basura más grandes de Argentina y la presencia de microbasurales esparcidos por el barrio; su cercanía a cursos de agua como el arroyo 9 de Julio y la laguna de Costa del Lago; algunas áreas inundables, especialmente en Costa Esperanza y Costa del Lago; así como la presencia de torres de alta tensión que atraviesan el barrio y pasan sobre las viviendas sin ninguna medida de seguridad. Ver cuadro I.

Cuadro I



Fuente: Informe Factores de riesgo en barrios populares del Gran Buenos Aires. RENABAP- TECHO 2022.

Según Acero Vargas (2018), una vecina reconocida relata que el nombre del barrio más grande se debe a que, en el momento de la ocupación, se transmitía un famoso programa de televisión llamado "Verano del 98", protagonizado por unos adolescentes que pasaban su receso estival en un pueblo frente a un lago denominado Costa Esperanza. Para la construcción de la autopista del Buen Ayre se utilizó tierra de la zona bajo estudio, lo que dejó un agujero que, por un lado, fue relleno con basura y otra parte se convirtió en una laguna. Así, cuando se asentó el barrio, los y las vecinas decidieron llamarlo de la misma manera que el programa de televisión, jugando con las palabras, pero también volcando en ese nombre sus anhelos y deseos de prosperidad. El nombre de Costa del Lago es más fácil de deducir ya que las viviendas que lo componen se construyeron sobre terrenos formados por el relleno de la laguna del Libertador con residuos urbanos, industriales, patológicos y materiales áridos, entre otros (Fernández Cittadini *et.al*, 2018). Por su parte, el barrio 8 de Mayo recibe su nombre en honor a que ese día en el año 1998 comenzó la toma de tierras que originó el asentamiento.

En los recorridos que hicimos por los barrios pudimos percatar que están enteramente conformados por casas bajas, lotes pequeños y, si bien en su mayoría las viviendas están construidas con materiales, no se ven revoques ni terminaciones en las mismas. La trama en la mayor parte del terreno es regular -aunque no siempre recta- debido a que durante la toma que

creó al barrio se buscó que no se generasen pasillos y que se respetase la línea municipal y las ochavas. Al inicio, se reservó terreno para el establecimiento de una plaza y equipamiento social, pero los y las vecinas no pudieron evitar que estos lotes fueran tomados posteriormente, dejando escaso espacio para estos servicios. Actualmente el escaso espacio verde público se limita a la Plaza Mercedes Sosa, localizada en 8 de Mayo, y a dos pequeñas plazoletas desprovistas de cualquier tipo de equipamiento social, ubicadas bajo el electroducto de Costa Esperanza. En Costa del Lago no observamos espacios verdes, más allá del espacio de la laguna limítrofe al Camino del Buen Ayre. Existen algunas canchas privadas de fútbol, que varias de las entrevistadas mencionan que son utilizadas por los niños pero la sensación general es que “no hay lugares donde hacer deportes, donde tengan contención; solo hay un espacio abierto gratis”, dice María Luisa.

La mayoría de las calles son de tierra, zanjadas en sus costados, y carecen tanto de desagües como de drenajes que faciliten el escurrimiento del agua en días de lluvia, lo que dificulta la circulación tanto peatonal como vehicular. En general tampoco hay veredas construidas o nivelación entre las existentes que permita la continuidad de una caminata o de andar en bicicleta.

A su vez, las calles principales y periféricas son de asfalto y es por donde pasa el transporte público - sólo una línea de colectivo, la 670, con cinco ramales- y la recolección de residuos. Ciertamente, la deficiente iluminación pública, el deteriorado estado de las calles, el anegamiento de las mismas con las lluvias y los problemas de seguridad dificulta el ingreso de vehículos, fundamentalmente público, a los barrios. Así, se refuerza la distancia de los vecinos y vecinas con otras localidades y zonas incluso cercanas, retomando el concepto de *insularización* de Soldano (2010), donde están los grandes establecimientos educativos y de salud, y una oferta más amplia de empleo, comercio y servicios en general.

A su vez, existen diferencias al interior de los barrios. Como hemos mencionado, el barrio más grande, tanto en superficie como en población, es Costa Esperanza, seguido por 8 de Mayo y luego Costa del Lago. En términos generales, los niveles de consolidación urbana tienden a decrecer conforme avanzamos en dirección al Camino del Buen Ayre, particularmente en el caso de 8 de Mayo y Costa del Lago, donde la urbanización se extiende ocupando terrenos inundables con presencia de basurales y en peligro de derrumbe inminente por estar sobre éstos. Resalta a primera vista que incrementa la precariedad de las viviendas y el deterioro de los espacios de sur a norte; es decir, a medida que se aproxima al Camino del Buen Ayre, siendo

muy visible en 8 de Mayo y Costa del Lago. Este último presenta una trama urbana notoriamente irregular y gran parte de las viviendas que lo conforman son casillas, elaboradas con materiales poco resistentes como la madera. Allí habitan varias de las familias carreras, que circulan por el barrio recogiendo los residuos.

Vida cotidiana y dinámicas de sociabilidad

A primera vista, el barrio parece un lugar tranquilo. Al amanecer, la mayoría de las mujeres y varones salen de sus casas temprano, algunas a trabajar, otras a llevar a sus hijos e hijas a la escuela. Caminan evitando pozos, zanjas, baches por calles de tierra hasta las paradas de colectivo, que circundan los barrios. Los varones se dirigen a otros barrios para trabajar predominantemente en el sector de la construcción, como albañiles, plomeros, entre otros oficios. Aquellas mujeres que trabajan de manera remunerada, que según relatan las entrevistadas no son muchas, por lo general lo hacen en casas particulares, llevando adelante tareas de limpieza y cuidado. Para ello, suelen dejar a sus hijos e hijas al cuidado de otras personas -principalmente alguna niñera o hermanitos/as- o simplemente quedan solos en sus casas.

Salen temprano y vuelven muy tarde, por lo que tienen escaso tiempo para compartir en familia.

Por su parte, durante el día, muchas mujeres permanecen en sus hogares, realizando tareas domésticas o los llamados "quehaceres de la casa". Además, se encargan del cuidado de otras personas, principalmente de hijos e hijas, pero también de adultos mayores; por ejemplo, Belén cuida de su madre sustituta, una mujer con diabetes y problemas cardíacos que necesita atención especial y visitas frecuentes a distintos especialistas médicos. Otras mujeres participan también activamente en merenderos y espacios de cuidado comunitario, donde reciben a los niños y niñas del barrio no solo para brindarles atención, sino también para asegurarles una comida diaria.

Otras, además, son beneficiarias de programas sociales que exigen, como contraprestación, su participación en cooperativas locales encargadas del mantenimiento del barrio, realizando tareas como barrer las calles o efectuar pequeñas reparaciones. Retomando algunas investigaciones (Paura y Zibecchi, 2018 y Dallorso, 2011), estas actividades refuerzan la feminización de las políticas sociales, ya no desde la lógica del asistencialismo pero sí desde la extensión de sus responsabilidades de cuidado (aunque fuera del ámbito doméstico, lo hacen dentro del barrio, para la comunidad en contextos de extrema vulnerabilidad).

La pandemia de COVID-19, desatada a inicios de 2020, ha transformado la vida en la comunidad. “La vida es de lucha. La gente trabaja y quiere salir adelante”, refiere Vanesa. Con la pandemia, muchas personas perdieron sus empleos y se vieron obligadas a buscar nuevas maneras de generación de ingresos. Un relevamiento realizado por la Universidad Nacional de General Sarmiento (2020) a 165 referentes de barrios populares del conurbano bonaerense reveló cómo se vivió el aislamiento obligatorio. En primer lugar, se destacó la preocupación por la discontinuidad de ingresos laborales debido a la suspensión del trabajo de cuentapropistas y trabajadores informales. En segundo lugar, se señaló la dificultad de acceso a la alimentación básica, intrínsecamente relacionada con la falta de ingresos. Además, se identificaron otros problemas multidimensionales, como el aumento de la violencia de género, dificultades para acceder a servicios de salud, preocupaciones por el aumento de consumos problemáticos o, por el contrario, por efectos derivados de cuadros de abstinencia, así como por la salud mental de adolescentes y jóvenes.

En el contexto de los barrios bajo estudio, Margarita explica que: “antes salían más temprano a trabajar. Ahora hay más emprendimientos, entonces se quedan en sus casas. Muchas mujeres salen adelante vendiendo cosas y con eso pueden manejar sus horarios”. De esta manera, surgieron alternativas que permitieron a muchas mujeres recaudar dinero desde sus hogares ya que las tareas de cuidado no cesaron, con o sin pandemia. Vanesa y Rosa, por ejemplo, elaboran productos de panadería, como pre-pizzas y panes, que venden a vecinos y vecinas.

Si bien, tal como mencionamos al inicio del capítulo, el gobierno nacional implementó políticas como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) para mitigar los impactos de la pandemia en los ingresos de las familias, las condiciones de alta informalidad laboral en estos barrios vulnerables hicieron que sus habitantes se vieran especialmente afectados. Las medidas de aislamiento y distanciamiento social impuestas por el Estado impidieron que muchas personas pudieran salir a trabajar en empleos como la construcción, el empleo doméstico, o en las "changas" que realizaban anteriormente. Así, la pandemia no solo profundizó las dificultades económicas ya existentes, sino que también obligó a las mujeres a adaptarse y encontrar nuevas formas de sostener a sus familias en un contexto aún más precario.

María Luisa narra un cambio más drástico pero que coincide con la necesidad de las mujeres de buscar fuentes alternativas de ingreso sin resignar las tareas de cuidado domésticas:

Cuando se cerró y pasa que solo podías salir a trabajar con un permiso, si lo conseguías, entonces quedaban sin nada y tenían que darle de comer a sus hijos. Y fue la oferta que hubo. Y buscaban gente que pudiera llevar consumo [de sustancias estupefacientes] porque al no poder salir, ¿cómo iba a buscar el consumidor lo que necesitaba? Necesitaban deliveries y salieron las mujeres a hacer delivery. Así empiezan [...] La mayoría no le he visto [consumir] pero sí no lo dejó, no dejó de hacerlo porque obtenía dinero más fácil, más rápido y estaba cerca de su casa. En general se manejan por zonas. No sé, Costa le lleva a la 8 y un poquito más lejos; los de la 8 llevan para el lado de Ballester. No van muy lejos.

Esta situación refleja cómo la crisis sanitaria global exacerbó las desigualdades preexistentes y forzó a muchas mujeres a adaptarse rápidamente a nuevas realidades económicas y sociales. En los sectores populares, fuertemente impactados por las medidas de aislamiento tomadas para mitigar los efectos de COVID-19, el impacto fue aún mayor, al punto de llevar a las mujeres a realizar actividades ilícitas (y peligrosas) como la distribución de drogas como comenta Margarita.

A su vez, la pandemia no solo impactó la economía familiar, sino que también intensificó las cargas domésticas y de cuidado, que recayeron desproporcionadamente sobre las mujeres (Paura y Zibecchi, 2022). Retomando a Butler (1990), se puede observar cómo estas responsabilidades continúan siendo asumidas en mayor medida por las mujeres, incluso cuando algunos roles se resignifican en tiempos de crisis. En este tiempo, muchas mujeres tuvieron que asumir el rol de proveedoras para compensar la pérdida de ingresos familiares, a menudo a través de trabajos informales o emprendimientos desde el hogar.

No obstante, este nuevo rol económico no eliminó ni redujo sus responsabilidades tradicionales de cuidado. Al contrario, las mujeres se encontraron manejando una doble carga: generar ingresos y cuidar de sus familias. Esta dualidad se hizo evidente en los testimonios de Vanesa y Rosa, quienes comenzaron a vender productos de panadería desde sus casas para mantenerse económicamente, mientras seguían atendiendo las necesidades de sus hijos e hijas y del hogar.

Pero también en el relato de María Luisa. Las estrategias de supervivencia no están exentas de riesgos. La incursión en actividades ilegales, como el *delivery* de sustancias estupefacientes, expone a las mujeres a peligros adicionales y perpetúa ciclos de vulnerabilidad. Ella destaca la paradoja de estas nuevas fuentes de ingreso: aunque proporcionan dinero rápido y una cierta

flexibilidad, también involucran a las mujeres en redes peligrosas y actividades ilícitas. Este fenómeno pone de relieve la situación de alta vulnerabilidad en la que se encuentran las mujeres en estos entornos de tanta precariedad.

Las mujeres lo dicen clara y directamente. En voz de Vanesa:

Acá en el barrio falta un montón de que los dos cumplan el mismo rol. Acá en el barrio eso no se ve. Si ves a un varón con un hijo en la calle es que viven separados y los está llevando a su casa. Vas a la salita y son todas mujeres. En el acto de la escuela son también mujeres. Y ellas también trabajan porque no alcanza.

Por otra parte, las personas transitan poco por el barrio. Todas las mujeres entrevistadas expresaron que salen muy de vez en cuando de sus casas y lo hacen por cuestiones de primera necesidad: llevar o traer a alguien cercano a un establecimiento educativo o de salud o a comprar cosas. Acompañan a sus hijos a las paradas de colectivo (inclusive si son adolescentes o más grandes), a las escuelas, pero no dejan que transiten sin compañía. Ellas tampoco se mueven solas. Manifiestan que no lo hacen por miedo a lo que pueda sucederles, tanto a ellas como a sus familiares. Belén, de 18 años, relata: “nosotras tomamos medidas para prevenir. A la noche no salimos porque sabemos que es peligroso. A mis amigas las veo si vienen a mi casa y, si salgo, las veo temprano. Nunca salgo de noche ni a bailar ni nada. Sola solo salgo cuando voy al trabajo; si no, siempre acompañada.”

La inseguridad pareciera ser la principal razón por la que las mujeres deciden no circular por el barrio. Sin embargo, la falta de recursos económicos también juega un papel significativo en esta limitación de movilidad. Un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (2022), que busca entender los patrones de movilidad en asentamientos informales del AMBA, tomando los barrios bajo estudio como casos, sostiene que la falta de dinero es la razón principal por la que las mujeres, a diferencia de los varones, no se movilizan fuera del barrio, indicando una menor autonomía financiera. Este estudio revela la falta de posibilidades que tienen las personas para salir del barrio en el que viven. La inseguridad pareciera dar cuenta de porqué las personas que se quedan -en su mayoría las mujeres- no circulan por el barrio, encerrándose en sus propias casas. Así, se puede ver que, además de la inseguridad, las restricciones económicas contribuyen a la falta de “vivir la calle”.

El temor a la inseguridad refleja una realidad cotidiana en la que las mujeres deben tomar constantes medidas de autoprotección. La percepción del peligro en el espacio público no solo limita su movilidad, sino que también refuerza su confinamiento al ámbito privado.

Los varones, por su parte, tampoco circulan por las calles, pero las razones son diferentes. Como se ha mencionado anteriormente, no pasan tiempo en el barrio puesto que salen para ir a trabajar. Esta distinción en las razones de movilidad subraya las diferencias de género en las experiencias cotidianas de hombres y mujeres. Mientras que los hombres están ausentes del barrio debido a sus compromisos laborales, las mujeres permanecen en el hogar, enfrentándose a las tareas de cuidado y a un entorno percibido como inseguro.

Pese a que las mujeres se quedan en el barrio al cuidado de las personas de las que son responsables, se evidencia una falta de conexión entre ellas. Lucía manifiesta: “No hay mucho vínculo con la gente del barrio. Como que si ves a alguien lo saludas pero no es que vas y tomás mate con alguien.”

Por su parte, las mujeres relatan que las familias tampoco tienen mucha conexión entre ellas dado los diferentes horarios y estilos de vida que manejan los y las integrantes de un hogar. El hecho que el varón salga todo el día del hogar y que las mujeres se queden o, en menor medida, salgan también, genera escasos momentos de interacción familiar. Margarita sostiene: “A veces no se ven en toda la semana. A veces se ven solamente a la noche”.

A su vez, se encuentran numerosos casos de mujeres que viven solas al cuidado de sus hijos e hijas, sin una pareja que acompañe, tanto en lo emocional como en lo económico. Es el caso de Rosa, que cuida a sus dos hijas y dos sobrinas, como el de Belén que vive con su madre sustituta tras el abandono de su padre y madre. Esta situación las coloca en una condición de alta vulnerabilidad puesto que tienen que afrontar contextos de alta precariedad sin contar con un respaldo, un apoyo. “Es muy difícil para las mujeres, más cuando no tenemos apoyo económico de otra parte”, afirma Rosa. Pero también las aísla, las deja en “la lucha” solas, arreglarse ellas mismas. Manifiesta Belén: “nosotras no hablamos con nadie pero vemos a la gente que pasa al trabajo. No hablamos con nadie porque no salimos, pero somos buenas vecinas, no nos peleamos con nadie”. La situación de Rosa y Belén ilustra cómo la falta de apoyo económico y emocional profundiza el aislamiento, reforzando un ciclo de pobreza y vulnerabilidad.

Esta falta de conexión social puede ser resultado tanto del miedo a la inseguridad como de la sobrecarga de responsabilidades domésticas y de cuidado, que deja poco tiempo y energía para el desarrollo de relaciones comunitarias. La falta de interacción y apoyo entre vecinas no solo aumenta el sentimiento de aislamiento, sino que también limita la capacidad de organización colectiva para abordar problemas comunes, como la inseguridad y la falta de servicios.

Por otra parte, en cuanto a la vida social, tal como se mencionó anteriormente, el barrio ofrece escasos espacios o actividades de esparcimiento, lo que refuerza el aislamiento y la falta de interacción entre vecinos y vecinas. Según los relatos de las entrevistadas, hay una cancha de voley y una canchita de fútbol que utilizan principalmente los niños; las niñas tienen menos alternativas. Los hijos de Margarita juegan fútbol a la tarde, las nenas no realizan ninguna tarea extracurricular. Mismo caso para Vanesa. Lucía juega al voley pero solo en verano. Si bien no tiene hijos/as, María Luisa es una referente barrial que se ha dedicado a apoyar a las familias del barrio. “Para las nenas es lo que más busco. Ellas terminan jugando al fútbol que es lo único que hay. No tenés para patinar, no tenés para ballet. No hay nada. ¿Dónde está el lugar para las chicas? Hay un cancha multiuso pero sabemos que hay un grupo y no los sacan más”.

La falta de espacios recreativos adecuados para niñas y mujeres no sólo limita sus oportunidades de desarrollo físico, emocional y social, sino que también perpetúa una cultura donde las actividades recreativas y deportivas están dominadas por los varones. Esto refleja y refuerza los estereotipos de género desde una edad temprana, restringiendo las posibilidades de las niñas de explorar y desarrollar sus intereses y habilidades en un ambiente seguro y de apoyo.

Tan es así que, pese a pasar el día en el barrio, las mujeres tampoco llevan adelante actividades de esparcimiento. Vanesa relata que tienen poca vida recreativa y, al consultar sobre las actividades que realizan en su día a día, todas mencionaron tareas remuneradas o no remuneradas pero ninguna relacionada al ocio. Lucía lo grafica claramente: “no hay lugares tranquilos para caminar y relajarte. Si querés eso, tenés que irte a la plaza pero está llena de chicos y está muy lejos. Por acá no se puede caminar tranquila, por las motos, el ruido, las calles todas rotas”.

Esta falta de espacios para el esparcimiento y la recreación pareciera afectar de manera negativa a las mujeres. El estrés acumulado por las responsabilidades domésticas y de cuidado, las preocupaciones económicas, combinado con la falta de oportunidades para relajarse y

desconectar, puede llevar a un agotamiento físico y mental significativo. La ausencia de lugares seguros y tranquilos para el esparcimiento también limita la capacidad de las mujeres para socializar y construir redes comunitarias y de apoyo.

Además, la estructura física del barrio, con sus calles rotas y la presencia constante de ruidos y motos, crea un ambiente hostil que desincentiva el uso del espacio público. Este entorno desfavorable no solo afecta la calidad de vida de las mujeres, sino que también las obliga a permanecer en sus hogares, reforzando su aislamiento. La inseguridad y la falta de infraestructura adecuada convierten al barrio en un espacio poco acogedor para el esparcimiento y la recreación, afectando desproporcionadamente a las mujeres y niñas.

En este capítulo exploramos las dinámicas de pobreza, desarticulación social y exclusión que caracterizan la vida en los márgenes urbanos del conurbano bonaerense, particularmente en los barrios populares de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo. Barrios vulnerados, de tierras tomadas, con infraestructura precaria y vínculos desarticulados. A través de un análisis de los procesos de territorialización, *insularización* y de las dinámicas de sociabilidad al interior de estos barrios, hemos visto cómo estos fenómenos configuran la realidad cotidiana de quienes habitan estos espacios, marcados por la informalidad, la precariedad de servicios básicos y la ausencia de infraestructuras adecuadas. Las mujeres, en especial, enfrentan una doble carga al asumir tanto las tareas de cuidado doméstico como las actividades económicas informales necesarias para sostener a sus familias en un contexto de creciente vulnerabilidad.

Además, hemos observado cómo la pandemia de COVID-19 exacerbó estas condiciones preexistentes, forzando a muchas mujeres a encontrar nuevas formas de generar ingresos sin dejar de lado sus responsabilidades de cuidado. Las dinámicas de aislamiento y las dificultades de movilidad reflejan una falta de oportunidades y recursos en estos barrios, lo que perpetúa un ciclo de pobreza, exclusión y desigualdad. Al poner de relieve estas problemáticas, este capítulo establece las bases para una comprensión más profunda de la conflictividad cotidiana en estos barrios que estudiaremos a continuación, abordando cómo las mujeres negocian su supervivencia o se adaptan al contexto en medio de adversidades constantes, y cómo estas prácticas moldean y transforman el tejido social y comunitario en los márgenes urbanos.

CAPÍTULO 4 - LA CONFLICTIVIDAD Y LA INSULARIZACIÓN

En este capítulo, analizaremos cómo la conflictividad en los barrios populares de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo genera un proceso de aislamiento que afecta especialmente a las mujeres. Haciendo una reapropiación del concepto de *insularización* propuesto por Soldano (2010), entenderemos este fenómeno no solo como el aislamiento al interior de los barrios que, debido a la marginalización de los sectores populares, se convierten en “islas”, sino también como un confinamiento al hogar que recae desproporcionadamente en las mujeres, como forma de evitar la conflictividad en estos entornos. A través de los testimonios de las mujeres que habitan en estos barrios, examinaremos las principales fuentes de conflictividad que ellas identifican—drogas e inseguridad— y su impacto en las relaciones sociales, las dinámicas de sociabilidad y la cohesión comunitaria.

El capítulo se dividirá en tres secciones para explorar estos fenómenos de manera detallada. En la primera sección, examinaremos cómo el concepto de “sentimiento de inseguridad” propuesto por Kessler (2009) captura la percepción del peligro constante que viven las mujeres en estos barrios, particularmente en relación con la venta y el consumo de drogas. La segunda sección profundizará en el concepto de “*insularización*” propuesto por Soldano (2010), analizando cómo la violencia y el narcomenudeo intensifican el aislamiento social, generan un retorno al hogar y desintegran la cohesión comunitaria. Por último, la tercera sección explorará el papel del abandono estatal en la exacerbación de estos problemas y la adaptación de las mujeres a estas condiciones adversas a través de tres fenómenos: la ira, la indignación y la naturalización. A lo largo del capítulo, discutiremos desde un enfoque de género cómo estos procesos refuerzan la marginalización de sus habitantes, en particular de las mujeres pero también de sus hijos e hijas, y perpetúan un ciclo de exclusión y vulnerabilidad estructural.

El sentimiento de inseguridad: entre drogas y robos

En este apartado, exploraremos cómo el “sentimiento de inseguridad”, vinculado a la venta de drogas y los robos, afecta profundamente la vida cotidiana en los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo. Tal como se analizó en el segundo capítulo, la conflictividad en los barrios populares está íntimamente ligada a procesos de territorialización. En estos entornos de precariedad y desigualdad extrema, los y las habitantes desarrollan dinámicas de apropiación y control del espacio que reflejan las condiciones de marginalidad y exclusión características de estos territorios. El análisis se centrará en cómo estos procesos de territorialización se

expresan a través de conflictos relacionados con las drogas y la inseguridad, afectando especialmente a las mujeres que viven en estos barrios. A través de los testimonios recogidos, profundizaremos en cómo estas fuentes de conflictividad, particularmente la venta de drogas, generan un entorno de inseguridad constante y refuerzan procesos de *insularización*, donde el miedo y la desconfianza se convierten en elementos determinantes en las dinámicas de sociabilidad y en la construcción de identidad comunitaria.

Como se observa en el segundo capítulo, la bibliografía especializada da cuenta de diversas formas en la que se expresa la conflictividad en los barrios populares. Este fenómeno está estrechamente vinculado a la territorialización; es decir, en contextos de extrema precariedad y desigualdad, los y las habitantes desarrollan dinámicas de apropiación y control del espacio, donde se configuran y reconfiguran relaciones de poder y dinámicas sociales que reflejan las condiciones de marginalidad y exclusión que caracterizan a estos territorios (Merklen 2005, Svampa 2009, Auyero y Berti 2013, Dallorso 2011, Rebón 2004, Kessler 2009, entre otros).

El trabajo de campo realizado revela que las principales causas de conflictividad en los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo son la “droga” y la “inseguridad”. Esta situación coincide con la caracterización de Julián Rebón (2004), quien, tal como se comentó en los antecedentes teóricos, identifica tres ejes de conflictividad en los barrios populares: los enfrentamientos por robos dentro del barrio, las disputas entre pandillas por el control del tráfico de actividades ilegales, y los conflictos por la administración y distribución de recursos dentro de la comunidad¹⁴. Auyero y Servián (2023) refuerzan esta idea en su estudio sobre la pobreza y los barrios populares y la vinculan aún más señalando que “[t]odos los vecinos asocian los asaltos y los robos con los efectos psicofarmacológicos de las drogas y su combinación con el alcohol” (p. 125).

Por su parte, las entrevistadas asocian dos fenómenos a la droga, el consumo y la venta, aunque las dinámicas de violencia y control territorial suelen estar más asociadas a la venta de drogas que al consumo en sí mismo: “el consumo no es problema. El problema es los que venden, que se pelean”, dice Vanesa.

Ahora bien, la relación entre la “droga” y la territorialización como una de las principales fuentes de conflictividad en los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo no es un fenómeno aislado, sino que se inscribe en un contexto más amplio de precarización urbana

¹⁴ Cabe mencionar que este último eje fue nombrado por las entrevistadas, no se percibe como una problemática acuciante.

y falta de control institucional. Según el informe del Observatorio de la Deuda Social Argentina (2024), el tráfico de drogas es percibido como un problema significativo en los barrios más vulnerables, especialmente en las “villas de emergencia”, tal como le denominan, donde la falta de vigilancia policial contribuye a intensificar esta problemática. Así, el informe¹⁵ muestra que el 31.3% de los hogares entrevistados en 2023 percibía la presencia de venta y tráfico de drogas en su barrio. Esta cifra aumentaba al 35.6% en el conurbano bonaerense y alcanzaba el 62% en los hogares ubicados en “villas de emergencia”, en contraste con un 29.2% en barrios con trazado urbano. El estudio también revela que la falta de vigilancia policial incrementa el riesgo de venta y tráfico de drogas al 41.5%, frente al 25.6% en aquellos barrios donde se percibe presencia policial. Esta situación refleja cómo la territorialización en estos barrios no solo genera dinámicas de control territorial vinculadas a la venta de drogas, sino que también se ve exacerbada por la ausencia de la “burocracia callejera” retomando el concepto propuesto por Lipsky (1980).

Según Svampa (2009) y Merklen (2005), la territorialización en estos contextos no solo implica la ocupación física del espacio, sino también la creación de un orden social específico, en el cual el control del territorio es fundamental para la supervivencia económica de sus habitantes. La disminución de oportunidades en el mercado laboral formal, que Svampa (2009) identifica como un generador clave en la territorialización, crea un entorno propicio para que las actividades relacionadas con el tráfico de sustancias psicoactivas se conviertan no solo en una fuente de ingresos, sino también en una manera de consolidar el control territorial. Así, como señala Grimson (2009), las condiciones de desempleo y pobreza generan un ciclo de exclusión que restringe las posibilidades de los habitantes de mejorar su calidad de vida y acceder a mejores oportunidades.

De acuerdo a los testimonios recogidos, la venta de drogas genera un entorno de inseguridad constante que afecta profundamente la vida cotidiana de los habitantes, en particular de las mujeres. Rosa relata que “los que venden se pelean entre ellos por el territorio y porque se roban”, mientras que Margarita agrega: “viene gente de otros barrios y se pelean, a las piedras, a los tiros”. Estas disputas, motivadas por la competencia por el control del territorio y los puntos de venta de sustancias psicoactivas, suelen terminar en enfrentamientos violentos. Esto crea situaciones peligrosas para los y las residentes, quienes se encuentran frecuentemente

¹⁵ Disponible en [Venta de drogas en barrios \(uca.edu.ar\)](https://uca.edu.ar/venta-de-drogas-en-barrios)

atrapados/as en medio de estos conflictos, que genera un ambiente de inseguridad y temor constante. Como concluye Rosa, “se cruzan entre ellos y se agarran. Hay víctimas en el medio”.

Además, se evidencia un fenómeno aún más complejo: muchos de quienes venden drogas lo hacen porque primero fueron consumidores. “Son los mismos chicos del barrio, los agarran de muy chicos, y los ponen a vender”, explica Vanesa. Esta realidad convierte la preocupación por la seguridad de sus hijos e hijas en una cuestión de extrema relevancia para las mujeres. El miedo a que comiencen a consumir y sean luego cooptados por el narcotráfico genera una profunda angustia en las madres, que las lleva a restringir sus salidas, confinándolos/as a sus casas y a acompañarlos por el barrio para evitar que circulen solos, como se presentó en el capítulo anterior. Vanesa cuenta que, aunque la parada de colectivo para ir a la escuela está a solo tres cuadras de su casa, ella o su marido acompañan todas las mañanas a su hijo de 18 años, dado que ya había sufrido un robo en el que fue agredido. Rosa también se maneja de la misma manera: “no puedo mandar a comprar a mis hijas a una cuadra porque no sabés cuándo se van a poner a los tiros”.

La venta de drogas en los barrios populares no solo refuerza la territorialización, sino que también intensifica la “insularización” de sus habitantes. Soldano (2010) describe este concepto con un doble sentido: el aislamiento no solo implica crecientes dificultades para salir, conectarse, desplazarse e interactuar con quienes viven “afuera” del barrio, sino también que cada vez menos personas desean ingresar a los mismos. Para el caso de estudio, proponemos abordar este fenómeno desde una lente que se extiende más allá del aislamiento comunitario. La *insularización* se manifiesta también a nivel individual. Donde la desconfianza y el miedo se vuelven constantes, la respuesta es el retraimiento en el hogar y el evitar el espacio exterior, percibido como inseguro y amenazante.

Auyero y Servián (2023) observaron este mismo proceso en su trabajo de campo en el barrio La Matera, en el municipio de Quilmes, Provincia de Buenos Aires. Destacan cómo los residentes buscan evitar encuentros violentos en la vía pública mediante el aislamiento en sus casas. No obstante, este estudio carece un análisis con perspectiva de género para tratar de comprender si los varones y las mujeres experimentan este fenómeno de aislamiento de la misma manera.

Una forma común en que los residentes intentan evitar encuentros violentos en la vía pública es mediante el aislamiento regular en sus casas

(“me quedo adentro”), estructuras físicas que, en el transcurso de los años, han fortalecido contra el mundo exterior con rejas, mejores puertas, llaves, etc. (Auyero y Servián, 2023, p. 126)

Este aislamiento reduce las interacciones cotidianas se reducen al mínimo indispensable, reforzando el aislamiento individual y familiar, perpetuando un ciclo de desintegración social, erosionando la identidad barrial y reduciendo la participación en actividades comunitarias o, inclusive, las interacciones entre vecinas, tal como analizaremos en mayor profundidad más adelante.

Por otra parte, aquellos jóvenes que ya han sido cooptados y se encuentran atrapados en el negocio de la venta y distribución de drogas conforman una categoría de análisis en sí misma. Comúnmente llamados “vaguitos” o “pibitos”, estos jóvenes se encuentran completamente excluidos de las oportunidades educativas y laborales (Navarro, 2016) y pasan gran parte de su tiempo en las esquinas del barrio, formando “juntas” o grupos que, si bien no alcanzan la rigidez de las pandillas organizadas en otros contextos latinoamericanos, representan un foco de disrupción y de preocupación para los y las vecinas¹⁶. “Vaguitos son los que roban, que se drogan, que salen por la noche y te persiguen” explica con sus propias palabras Belén de 18 años. El consumo y la venta son distintas caras de una misma moneda para estos jóvenes. María Luisa sostiene que aquellos jóvenes que “ranchean” son los mismos que consumen.

A veces están en la plaza hasta cualquier hora, consumiendo y haciendo fogatas. Pibas también. Hay muchas pibitas chicas en la calle con ellos, haciendo ranchadas, fogatas. Se ponen a escabiar, consumen, relata con preocupación Rosa.

Cabral (2022) rescata que con el declive de instituciones como la escuela y el trabajo -a raíz de la desindustrialización y la reducción del trabajo formal estudiadas en los capítulos precedentes- que antes eran fundamentales en la construcción de la identidad juvenil, los jóvenes han encontrado en el barrio, y especialmente en sus esquinas, plazas y canchas de fútbol, un espacio central para socializar. Estas áreas se han convertido en puntos clave donde los jóvenes, particularmente los varones, se agrupan en “juntas” o “barras”, formando lazos sociales importantes. La autora sostiene que, a diferencia de las pandillas o maras de otros países de América Latina, que se caracterizan por su fuerte identidad, cohesión y estructura

¹⁶ Retomamos aquí lo expuesto por Paz Cabral (2022) al hablar de las maras, por ejemplo, de Centroamérica.

jerárquica, las “juntas” en Argentina son grupos más informales y flexibles, con una lógica territorial menos estricta. Estos grupos suelen participar en actividades que desafían las normas de convivencia, pero no están vinculados al crimen organizado de manera estructurada.

En el caso de algunos varones, la participación en juntas constituye un aspecto central en su sociabilidad barrial. Estos ámbitos posibilitan a los jóvenes la diversión y el establecimiento de amistades, así como también escapar de ciertos malestares en sus casas. Pero a la vez, les permite hacerse conocidos, ganar calle y, de la mano de ello, construir respeto en el marco de la sociabilidad juvenil masculina. A partir de sus juntas, algunos jóvenes se apropian de cierto espacio y establecen zonas, diferenciaciones y límites dentro del barrio y fuera del mismo, aspectos centrales en sus construcciones identitarias, y fundamentales para comprender la genealogía de ciertos enfrentamientos (Paz, 2021, p. 136).

El problema es que estas “juntas” en las esquinas o en las plazas representan una amenaza para los propios jóvenes que las conforman. Según Margarita, el consumo de sustancias entre ellos desencadena conflictos violentos: “consumen y a las tres horas ya se están peleando entre sí”.

Hace poco esos chicos estuvieron haciendo quilombo ahí. Hubo una pelea y se estaban agarrando a los tiros ahí, enfrente a mi casa. Esos chicos organizan algún robo, seguro venden droga. No sé exactamente qué hacen porque no los conozco, no hablo con ellos pero son vecinos del barrio, añade Lucía.

Estas peleas no suelen detenerse ahí, a menudo terminan con heridas graves, como cortes y lesiones serias, que reflejan la peligrosidad de estas dinámicas dentro del barrio. A su vez, más allá de la venta de droga y las “rancheadas”, los “pibitos” están frecuentemente asociados con actividades delictivas menores como robos y hurtos, incrementando aún más el “sentimiento de inseguridad” al que aludía Kessler (2009).

Siguiendo al autor, este sentimiento no se refiere únicamente al temor basado en la experiencia directa de delitos, sino también a una percepción generalizada de peligro y vulnerabilidad constante que afecta la vida cotidiana. La presencia de jóvenes en las esquinas o plazas, percibidos como potenciales amenazas, refuerza este sentimiento. Por su parte, el deterioro del espacio público descrito en el capítulo anterior, dificulta el uso de los espacios comunitarios y

la convivencia pacífica. Esta atmósfera de inseguridad se convierte en un fenómeno omnipresente, que no solo restringe la movilidad de las residentes, sino que también erosiona la sociabilidad y cohesión social del barrio, donde ya nadie quiere salir de sus casas o tomar un mate con una vecina en la calle. Así, la percepción de inseguridad se alimenta tanto de la presencia de actividades delictivas como de la sensación de que el Estado no ofrece suficiente protección o respuesta ante estas situaciones. Este tema lo retomaremos en el siguiente apartado.

En este contexto, las mujeres se ven diferencialmente impactadas y relatan cómo “los motochorros” transitan de un lado a otro del barrio, representando una amenaza y una molestia. “Por acá no se puede caminar tranquila, por las motos y el ruido que generan”, sentencia Belén. La presencia constante de motos circulando de manera ruidosa, que aunque puedan ser empleadas para cometer delitos en ese momento no lo están haciendo, se convierte en un símbolo palpable de la ausencia de control y orden, generando una sensación generalizada de inseguridad entre los habitantes. Esto genera una sensación generalizada de inseguridad entre los habitantes, evocando la idea de Kessler (2009) sobre el sentimiento de inseguridad en contraposición con la ocurrencia real del delito. Por su parte, este escenario resuena con las observaciones de Wacquant sobre los *hiperguetos*, donde describe que, lejos de funcionar como un refugio ante las amenazas externas, estos espacios se asemejan a “campos de batalla caóticos y peligrosos” (2001, p. 279).

Wacquant profundiza en la distinción entre “lugar” (como espacios comunitarios cargados de significados compartidos) y “espacio” (entornos de los que hay que protegerse porque son percibidos como “vacíos potenciales”). La transición de lugar a espacio se refuerza, según el autor, por la tendencia de las personas a retirarse al ámbito privado del hogar y por el incremento del sentimiento de vulnerabilidad que acompaña tanto la búsqueda de seguridad personal como el debilitamiento de las redes comunitarias. Este enfoque es particularmente relevante para la presente investigación, pues permite entender cómo el proceso de “territorialización” en los barrios populares estudiados contribuye a su transformación de “lugares” en “espacios” de los que hay que protegerse. Esta transición se ve reforzada por el repliegue de las mujeres al ámbito privado del hogar, como estrategia de adaptación y supervivencia frente a la microfragmentación (Navarro, 2016) y el sentimiento de inseguridad (Kessler, 2009) predominante.

Por otra parte, esta “sensación de inseguridad” genera una creciente exclusión de los “pibitos”. Las entrevistadas expresan la marginación a la que son sometidos estos jóvenes. Para evitar conflictos con ellos, y a pesar de que son vecinos y conocen a sus familiares, muchas optan por ignorarlos y evitar que sus propios hijos e hijas interactúen con ellos. Vanesa relata este proceso con mucho dolor, explicando que lo que finalmente sucede es que “terminamos dejándolos de lado; pasan por ahí y no los querés mirar, terminamos excluyéndolos como personas”. Y ofrece un ejemplo concreto:

Un nene robó el auto de la maestra y hoy es uno de los chicos que se droga. Se solucionó con la exclusión. Una travesura terminó excluyéndolo. Por eso hablo de abandono. Nadie se ocupó de él. Su madre también se drogaba y no quiso ocuparse, y nadie la ayudó a ella tampoco.

Este relato evidencia cómo la falta de apoyo y la exclusión social pueden transformar a los jóvenes en marginados dentro de su propia comunidad, perpetuando un ciclo de abandono y desamparo que termina en las “juntas” de la esquina y, por ende, en la delincuencia. Navarro (2016) profundiza en este fenómeno al analizar cómo, ante la falta de oportunidades de integración en el ámbito formal, como la escuela y el trabajo, los jóvenes se ven impulsados a recurrir a redes informales y de supervivencia, que frecuentemente están asociadas con el consumo de drogas y concluye; “surgen como principales problemáticas en la adolescencia la deserción escolar, el embarazo, los circuitos de violencia que atraviesan los jóvenes y el consumo de sustancias psicoactivas” (Navarro, 2016, p. 209).

Por su parte, las descripciones de María Luisa compartidas en el capítulo anterior sobre el cambio en el rol de las mujeres en la distribución de drogas durante y luego de la pandemia también muestran cómo estas dinámicas de territorialización afectan las relaciones de género en el barrio. La incorporación de mujeres en el narcomenudeo, utilizando su rol tradicional de cuidadoras para pasar desapercibidas (de acuerdo al relato de la entrevistada), refleja una adaptación a las condiciones impuestas por la territorialización del espacio barrial, donde la necesidad de supervivencia obliga a reconfigurar el orden social.

Si tradicionalmente el perfil del narcotraficante en el barrio era el de jóvenes que se reúnen en las esquinas, ahora se le suma el de las mujeres que buscan incrementar sus ingresos por esta misma vía. A pesar de su participación en estas actividades, no se observa que la vida de estas mujeres pareciera mejorar significativamente en términos económicos. Aunque estas

actividades les permiten estar presentes en el barrio, al cuidado de sus familiares, no se perciben cambios visibles en sus condiciones de vida, lo que sugiere que, a pesar de los riesgos, los beneficios de involucrarse en el narcomenudeo no son suficientes para transformar sustancialmente sus vidas. Tal como observan tanto Merklen (2005) como Svampa (2009), la territorialización en los barrios populares no necesariamente conlleva una mejora en la calidad de vida de sus habitantes. Aunque el control del territorio por la distribución de recursos, en este caso las sustancias narcóticas, puede ofrecer una fuente de ingresos, como en el caso de las mujeres involucradas en estas actividades delictivas, este control no garantiza un avance económico o social significativo. Grimson (2009) refuerza esta idea sosteniendo que la falta de empleo no es solo un problema económico, sino también afecta la capacidad de los individuos y las familias para construir proyectos de vida sostenibles, convirtiéndose en trampas de inmovilidad social.

La observación de María Luisa de que, pese su participación en estas actividades, las condiciones de vida de estas mujeres no parecen mejorar, es consistente con la idea de que la territorialización, en muchos casos, reproduce las condiciones de marginalidad y exclusión, manteniendo a los habitantes de estos barrios en una situación de vulnerabilidad estructural. A su vez, esta situación plantea preguntas sobre la evolución de los roles de género en el contexto del narcotráfico y cómo estos cambios afectan la dinámica social del barrio.

Finalmente, la venta de drogas contribuye a la fragmentación social dentro del barrio, generando desconfianza y conflictos vecinales. Las mujeres reportan que la actividad del narcomenudeo no solo divide a la comunidad, sino que también corrompe las relaciones sociales al involucrar a jóvenes y otros miembros del barrio en la red de distribución. A diferencia de lo que plantean Merklen (2005) y Cravino (2006) en relación con la época en que realizaron sus investigaciones, que sostienen que la territorialización de las poblaciones pobres generan redes de solidaridad y prácticas de resistencia, pudimos observar en Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo que las situaciones de conflictividad en el barrio asociadas a la droga y la inseguridad son factores de deconstrucción de la cohesión social que profundizan la marginalización. Cabe plantearse, entonces, qué es lo que sucedió en estos veinte años. Cómo es que la venta y consumo de la droga llegó a generar estos cambios en la dinámica barrial.

Un Estado ausente

En este apartado retomamos, desde la evidencia, el “retiro masivo del Estado social”, tal como lo describen Merklen (2005) y Cravino (2006) como factor fundamental que agrava las condiciones de pobreza y exclusión en los barrios populares. A través de los testimonios de las mujeres que habitan en estos barrios, pondremos en evidencia cómo la ausencia de servicios básicos, la falta de autoridades de seguridad (fundamentalmente la policía) y la ineficiencia de las instituciones estatales les generan un profundo sentimiento de abandono y desamparo. Este abandono se manifiesta no solo en la falta de acceso a derechos esenciales como la salud, la educación y la justicia, sino también en la falta de protección y seguridad, exacerbando la vulnerabilidad de las comunidades. Además, la inacción estatal fomenta un clima de desconfianza y falta de solidaridad dentro de los propios barrios, donde fundamentalmente las vecinas se ven forzadas a optar por el autoencierro para protegerse. Presentamos algunas iniciativas comunitarias y esfuerzos individuales, pero las mismas son percibidas como insuficientes para enfrentar la inseguridad estructural. Esta situación limita la cohesión social y perpetúa un ciclo de exclusión y fragmentación, donde la percepción constante de peligro refuerza la *insularización* de sus habitantes.

Siguiendo a Merklen (2005) y Cravino (2006), el “retiro masivo del Estado social” está en la raíz de los problemas que enfrentan las personas pobres y su territorialización. El abandono estatal en estos barrios no solo se percibe en la falta de servicios básicos adecuados descritos en el capítulo anterior, sino también en un sentimiento de desamparo e impotencia. Las mujeres, en particular, sienten este abandono de manera aguda, ya que son ellas quienes, en gran medida, deben gestionar la vida familiar en un entorno de carencias múltiples. El escaso e ineficiente acceso a servicios como la salud, la educación y la justicia es una constante en estos barrios, lo que perpetúa un ciclo de pobreza y exclusión. Pero también de tensión. En palabras de Vanesa:

*que los hospitales y salitas estén saturados también nos genera conflicto.
No encontrar médico o que no te atiendan te hace poner mal. No entre
nosotras, pero sí nos hace vivir en preocupación.*

El sentimiento de que ninguna institución las acompaña ni las apoya en la gestión de su vida diaria es una constante a todos los niveles; como afirman las vecinas: “la municipalidad menos. No cumplió nada”. Estas afirmaciones contrastan con lo que algunos autores han señalado

sobre la creación de redes de solidaridad (Merklen, 2005; Cravino, 2006) o la presencia del Estado a través de mediadoras comunitarias (Dallorso, 2011), burocracias de calle (Lipsky, 1980) y otros actores como los movimientos sociales o “emprendedores comunitarios” (Vommaro, 2017). Siguiendo las perspectivas de la sociología y la antropología descritas por Auyero y Servián (2023), parece que nos encontramos ante un fenómeno de “aislamiento generalizado”, donde el abandono estatal (y la desalarización) no ha sido reemplazado por ninguna otra red de solidaridad y donde los vínculos se han erosionado, produciendo aún más aislamiento¹⁷.

El aspecto más preocupante señalado por las entrevistadas es el abandono estatal en términos de seguridad y protección. “La policía acá no existe. Olvidate. Cuando llamo para avisar que están a los tiros me preguntan qué ropa tengo en lugar de mandar un móvil” dice Margarita. En ausencia de una presencia policial efectiva, los grupos de jóvenes que se dedican al narcomenudeo o a los robos se adueñan del espacio público -de las plazas, de las esquinas-, imponiendo sus propias reglas. La falta de control y la ausencia de sanciones permiten que estos jóvenes actúen con total impunidad. La policía no interviene adecuadamente: “la otra vez que estaban a los tiros frente a mi casa, la policía se paseaba por la otra calle y no hicieron nada”, relata una de ellas.

Esta inacción por parte de las autoridades contribuye, a su vez, una falta de empatía social al interior de la comunidad. Las entrevistadas expresan claramente que el abandono no proviene únicamente del Estado, sino también de la propia comunidad. “Nadie interviene porque a nadie le importa. Nadie es nadie, ni siquiera la policía porque pasa la patrulla, mira de costado que están peleando y sigue de largo” relata María Luisa.

Esta ausencia de solidaridad parece formar parte de un círculo vicioso entre la inseguridad y la *insularización*: frente al temor de la inseguridad, las personas se refugian en sus hogares y cuando surge algún conflicto no salen a ayudar a sus vecinos/as, reforzando el abandono que viven y aislándose aún más. Esta dinámica también se observa en la exclusión de los jóvenes, como comenta Vanesa, cuando nadie apoyó a un joven tras una travesura y terminó en su marginación. “Nadie ayuda a resolver ni mediar. La gente sale a mirar qué está pasando y listo.

¹⁷ Auyero y Servián (2023) recogen las tres perspectivas o enfoques sobre el papel de las redes sociales para hacer frente a la escasez de recursos de las personas pobres en contextos de urbanidad: 1. La solidaridad generalizada, 2. El aislamiento generalizado y 3. La solidaridad selectiva.

Pero nadie se mete”, relata con naturalidad Lucía, evidenciando un clima de indiferencia generalizada.

A pesar de estos relatos de abandono y desidia, que dan cuenta de un “aislamiento generalizado”, las entrevistadas, casi sin darse cuenta, dejan entrever la existencia de ciertas redes informales de solidaridad, como señala Merklen (2005).

Las mujeres son las que están. Yo ahora escucho un grito y salgo a ver qué pasa y son todas mujeres en la calle. Son las mujeres las que llaman a la policía, las que te dan indicaciones, las que llaman a la ambulancia o te ayudan a ver a qué salita ir. Se pasan la info. Con el dengue pasó: se apoyan a dónde ir. El boca a boca corre un montón. Tenemos un grupo de vecinos de whatsapp en el barrio. La mayoría son mujeres.

Las mujeres emergen como las principales agentes de apoyo y asistencia en el barrio, respondiendo a emergencias, compartiendo información sobre servicios de salud o procedimientos en situaciones de crisis. Este tipo de apoyo comunitario espontáneo refuerza la idea de la existencia de una “solidaridad selectiva” retomada por Auyero y Servián (2023)

Existen también algunos espacios, como organizaciones civiles y la iglesia, que intentan llenar esos vacíos. Algunas de las entrevistadas participan en estos espacios, como Vanesa que forma parte de una iglesia evangélica que se congrega dentro del barrio. “Generalmente como iglesia tratamos de estar o ayudar. La iglesia cumple un rol importante. Todo empieza con problemas chiquitos” sostiene. Esta situación la retrata muy bien en Semán (2021) al describir el rol de la iglesia como un lugar de encuentro y construcción de solidaridad y donde la religiosidad popular y los vínculos establecidos en torno a las prácticas de fe se convierten en un medio para sobrellevar las dificultades materiales y simbólicas que atraviesan los sectores populares.

No obstante, es importante destacar que hemos visto que estos esfuerzos son percibidos como insuficientes y con poca capacidad para actuar y resolver los problemas cotidianos. No logran revertir el “sentimiento de inseguridad” y abandono que prevalece en el barrio. Así describe Rosa con resignación, evidenciando la impotencia y el desgaste que estas circunstancias generan entre las vecinas:

Las organizaciones solo pueden tomar denuncias y hacer quejas, y más denuncias, y más denuncias. Ir al juzgado, que te llaman de acá, que te

llaman de allá. La gente se cansa de esa situación. También te boludean un poco.

Esta situación obliga a las mujeres a buscar formas alternativas de protección, que a menudo consisten en el autoencierro o en la dependencia de redes informales de solidaridad. Sin embargo, estas estrategias son insuficientes para hacer frente a la violencia y la inseguridad estructurales. La percepción de que “algo te puede pasar” en cualquier momento es una realidad constante que define la vida en estos barrios. Para aquellos que no pueden costear medidas de seguridad privada, la única opción viable es limitar al máximo su exposición al exterior, lo que a su vez reduce las posibilidades de participación comunitaria y acentúa la fragmentación social.

Las experiencias de las mujeres

En el presente apartado examinaremos las estrategias y respuestas que desarrollan las mujeres de los barrios populares ante la violencia cotidiana, el sentimiento de inseguridad y la falta de apoyo tanto estatal como comunitario. A partir del trabajo de campo, se ha identificado un espectro de reacciones que oscila entre la resignación, la ira y la naturalización de la conflictividad, lo cual evidencia la complejidad de las experiencias cotidianas de estas mujeres. Si en un inicio, la investigación buscaba comprender el rol de las mujeres en la prevención y respuesta ante las conflictividades, a medida que avanzamos en las indagaciones, observamos que lejos de intervenir en estos conflictos, las mujeres tendían a distanciarse de ellos. Este hallazgo nos llevó a redirigir la investigación hacia la comprensión de cómo estas mujeres experimentan la conflictividad y qué estrategias adoptan para sobrevivir en estos entornos adversos.

De esta manera, exploraremos cómo la resignación puede ser entendida no como pasividad, sino como una estrategia de supervivencia ante la falta de opciones y el vacío de protección estatal, mientras que la ira se presenta como una reacción ante la impotencia y la necesidad de justicia. Asimismo, se examinará la naturalización de la violencia y la inseguridad, especialmente entre las más jóvenes, quienes, al haber crecido en este contexto, no siempre perciben las condiciones de su entorno como anormales. Este apartado analizará cómo estas respuestas, lejos de ser homogéneas, reflejan las múltiples formas en que las mujeres intentan resistir y adaptarse a las adversidades, a la vez que perpetúan dinámicas de exclusión y roles

de género tradicionales, limitando su participación en el espacio público y reforzando su confinamiento al ámbito doméstico.

Retomando los antecedentes conceptuales, una vasta literatura sobre la participación comunitaria de las mujeres en los barrios populares se centra en su rol como mediadoras comunitarias (Vommaro, 2017; Zibecchi, 2018) o inclusive como representantes informales del Estado en la distribución de los recursos (Dallorso, 2011). Este rol estuvo fuertemente enfocado en sostener a sus comunidades en contextos adversos, en el que las mejores salieron del ámbito domestico para cumplir el rol de cuidadoras en los espacios comunitarios: copa de leche, merenderos, comedores, centros de cuidado infantil.

Así estas miradas proponen que las mujeres desempeñan un rol fundamental en las redes de apoyo comunitario en los barrios populares, actuando como mediadoras entre los vecinos y el Estado, lo que contribuye a la formación local del Estado y a nuevas formas de sociabilidad (Zibecchi, 2018). Su participación se manifiesta en la gestión de proyectos locales, la coordinación de actividades educativas y recreativas, y el involucramiento en iniciativas de salud y cuidado, consolidándolas como "emprendedoras comunitarias" que emergen desde la propia comunidad (Vommaro, 2017). En este contexto, las mujeres no solo canalizan demandas hacia el Estado, sino que también buscan soluciones colectivas para problemas cotidianos, como el acceso al agua o la seguridad, generando espacios de resistencia donde fortalecen su agencia, desarrollan estrategias de cuidado mutuo y construyen un sentido de pertenencia y solidaridad en medio de la adversidad (Dallorso, 2011).

No obstante, en el entorno hostil que encontramos en Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo, el trabajo de campo permitió observar que las mujeres ya no desempeñan esas funciones y, en su lugar, desarrollan una serie de respuestas ante la conflictividad que oscilan entre la resignación, la ira y la naturalización de la conflictividad, reflejando las diversas formas en que enfrentan las adversidades diarias.

La resignación se manifiesta en la gran mayoría de ellas. Con crudeza lo relata Rosa: “la gente se cansa y se acostumbra a vivir así, rodeada de violencia, rodeada de consumo, rodeada de todo lo malo que puede haber en la calle”. Comprenden lo inadecuado del entorno y de la situación en la que viven, pero aceptan la violencia y la inseguridad como parte inevitable de su vida cotidiana. Conscientes de las limitadas posibilidades de cambiar su realidad, optan por

adaptarse y seguir adelante a pesar de las dificultades, internalizando la idea de que la conflictividad es una constante en su entorno.

Este sentimiento de resignación no pareciera ser una señal de pasividad, sino más bien una estrategia de supervivencia ante un sistema que ofrece pocas salidas y que está profundamente ligado a la falta de opciones. Frente a un entorno donde el Estado está ausente y las oportunidades económicas son escasas, las mujeres optan por resistir y continuar con su vida a pesar de las adversidades. Lo hacen, eso sí, armando estrategias de sub y resistencia como el encierro o *insularización*.

El encierro se convierte así en una respuesta lógica ante la inseguridad que domina el espacio público. Las mujeres, preocupadas por la seguridad de sus hijos e hijas así como por la suya propia, comienzan a reducir sus movimientos y los de sus familiares al mínimo indispensable. “No podemos salir ni a la vereda a tomar un mate. A sentarse en la propia vereda a tomar un mate” o “mis hijos no salen a la calle más que para ir al quiosco a comprar a media cuadra y volver porque no sabes en qué momento se pueden agarrar, qué puede pasar” son relatos que se escuchan con frecuencia. El hogar, en este contexto, se transforma en un refugio frente a los peligros del exterior.

“Resguardarse en sus casas es una de las maneras de evitar la violencia circundante” (Auyero y Servian, 2023, p. 44)

Ahora bien, el encierro como estrategia de supervivencia frente a la inseguridad, no solo aísla a las mujeres del espacio público, sino que también refuerza y perpetúa los estereotipos de género que tradicionalmente han confinado a las mujeres al ámbito doméstico. Al limitar sus movimientos al hogar, estas mujeres, aunque con intención de protegerse y proteger a sus familias, terminan reproduciendo un rol que las vincula exclusivamente con las tareas del cuidado y la gestión del hogar, roles que históricamente les han sido asignados.

Este retorno obligado al espacio doméstico refuerza la división sexual del trabajo, donde el hogar se convierte en el centro de la vida de las mujeres, mientras que los hombres continúan, en la mayoría de los casos, participando en el espacio público, ya sea por razones laborales o asociadas a la conflictividad misma, como ocurre con los jóvenes “en las esquinas” De este modo, el encierro contribuye a mantener una estructura social que asigna a las mujeres la responsabilidad exclusiva del cuidado de la familia, limitando sus oportunidades de participación en otros ámbitos, no solo el laboral o educativo, sino también de ocio y

recreación. Además, este confinamiento al hogar refuerza la idea de que el espacio público es inherentemente peligroso y que las mujeres, por su vulnerabilidad, deben ser protegidas, lo que justifica y naturaliza su permanencia en el ámbito privado.

Esta resignación tiene un efecto aún más preocupante: perpetúa una falta de educación y cuidado que se transmite de generación en generación. Las madres (y aquí la responsabilidad se la asignan ellas mismas a las propias mujeres) “bajaron los brazos, dejan pasar el tiempo, esperando que sus hijos crezcan”, tal como afirma María Luisa, dejando a sus hijos e hijas a la deriva, expuestos a la influencia negativa de las “juntas” del barrio. En este contexto, la violencia y el desamparo se convierten en un ciclo difícil de romper. “Con la violencia es muy difícil construir algo porque ellos mismos están destruyendo sus familias. Es difícil crear algo en comunidad. Eso es lo que más lamento porque ves a los chicos que tampoco ven que hay algo bueno. Creen que todo se resuelve de esa manera”, comenta apenada una de las entrevistadas.

Este ciclo de abandono sugiere que las familias, y en particular las mujeres, carecen de los recursos necesarios para acompañar adecuadamente a sus hijos e hijas en su desarrollo y crianza. Según Navarro (2016), las familias son un factor crucial para que los jóvenes puedan salir de situaciones de consumo problemático. Sin embargo, como describen Vanesa y María Luisa, muchas madres ya no poseen los recursos simbólicos, emocionales o sociales para guiarles en estos desafíos. La falta de herramientas y apoyo dentro del hogar deja a los y las jóvenes sin una base sólida para resistir las influencias negativas, perpetuando así un ciclo de violencia y marginalidad que se transmite de una generación a la siguiente.

Navarro (2016) profundiza, “la cercanía generacional entre padres e hijos dificulta la posibilidad de establecer una dimensión de autoridad, tendiendo a problemas ligados a la fijación de límites. La destrucción del mundo del trabajo profundizada en los noventa puso en crisis la familia tradicional, aquella que funciona como transmisora de valores en torno a una visión del mundo vinculada al trabajo, la educación o la estabilidad” (p. 75).

No obstante, esta resignación no es absoluta. Junto a ella, la ira emerge como una emoción poderosa que se activa cuando las mujeres enfrentan la violencia y la inseguridad de manera directa, especialmente cuando sus hijos e hijas están en riesgo. Esta ira no solo es una reacción visceral al miedo y la impotencia, sino también una respuesta a la profunda frustración generada por la falta de respuestas del Estado. Al ver que las instituciones, responsables de

proteger y asegurar la justicia, permanecen inactivas o ausentes, las mujeres se ven impulsadas a actuar, a veces con acciones más concretas como la movilización, ya sea a través de la protesta o mediante el fortalecimiento de las redes de apoyo comunitarias. “Nosotros los vecinos tenemos que ir a armar quilombo porque nadie hace nada”, comenta Rosa aunque agrega “pero ni así te hacen caso”, destacando el ciclo de desamparo en el que se encuentran atrapadas.

El tono de las conversaciones revela un enojo latente que va más allá de la frustración momentánea; es un enojo que se arraiga en la sensación de vulnerabilidad y desamparo constante y en la percepción de que el espacio público, que debería ser compartido y seguro, les ha sido arrebatado. “Básicamente nosotros estamos encerrados y ellos son los dueños de la calle”, continúa Rosa en alusión a los jóvenes que “ranchean” en las esquinas, reflejando la impotencia de sentirse relegadas a sus hogares mientras el control del espacio exterior queda en manos de aquellos, por más jóvenes que sean, que perpetúan la violencia. Este enojo, aunque poderoso, se enfrenta a la realidad de una estructura que parece inmutable, donde la falta de acción estatal refuerza la sensación de que, por más que intenten cambiar su situación, el resultado sigue siendo el mismo: el aislamiento y la exclusión en sus propios hogares.

Esta dualidad entre la resignación y la ira refleja la complejidad de las emociones con las que estas mujeres navegan su día a día. La ira puede impulsar la acción, pero también puede ser sofocada por la continua falta de resultados, generando un ciclo de impotencia que alimenta tanto la frustración como la resignación. En este contexto, la lucha por reclamar su espacio en un entorno hostil se convierte en un esfuerzo que requiere fuerza y determinación pero que termina siendo sofocado por la resignación.

Finalmente, la naturalización de la conflictividad emerge como un fenómeno preocupante, especialmente entre las más jóvenes de las entrevistadas. Aquellas que han nacido y se han criado en este entorno hostil parecen no percibir las condiciones de violencia e inseguridad como anormales. Durante las entrevistas, muchas de ellas inicialmente afirmaban que no había conflictividad en el barrio. Sin embargo, al profundizar en la conversación, comenzaban a relatar episodios claros de inseguridad, como robos o la presencia amenazante de motos, así como la venta de drogas, situaciones que las entrevistadas de mayor edad aludían desde el principio.

Esta aparente falta de percepción ante la conflictividad sugiere que las jóvenes han internalizado estas situaciones como parte de la vida cotidiana, a tal punto que ni siquiera las

consideran dignas de mención al hablar de su realidad. La violencia y la inseguridad, elementos que deberían causar alarma, han sido normalizados hasta el punto de volverse casi invisibles para ellas.

Por otro lado, esta naturalización también puede estar vinculada a una cierta resignación o adaptación estratégica. Algunas jóvenes expresaron que la inseguridad solo les afecta en situaciones específicas, como cuando tienen que salir a trabajar o regresar tarde a casa, pero mientras están dentro del hogar, sienten que no les impacta. “A nosotras nos afecta si tengo que salir a trabajar o si vuelvo tarde pero mientras estoy en mi casa no me afecta” comenta Belén de 18 años, sin noción de que el confinamiento autoimpuesto es una respuesta a esta inseguridad permanente. También muestra cómo han aprendido a vivir con el miedo, ajustando sus vidas para minimizar su exposición al peligro, y, en consecuencia, desestimando la gravedad de las situaciones externas.

Este proceso de naturalización es doblemente peligroso. Por un lado, contribuye a perpetuar la violencia y la exclusión, al impedir que las jóvenes cuestionen o desafíen las condiciones en las que viven. Por otro, refuerza la idea de que el hogar es el único espacio seguro, confinándolas aún más al ámbito privado y limitando su participación en la vida pública y comunitaria. La falta de una percepción crítica sobre su entorno no solo refleja un fracaso en la capacidad de las instituciones (estatales y la familia) para proteger y educar, sino que también perpetúa un ciclo de marginación y desamparo que es difícil de romper.

Esta naturalización no solo afecta su bienestar emocional y mental, sino que también perpetúa la situación de exclusión y vulnerabilidad en la que viven. El hecho de que la violencia y la inseguridad sean vistas como parte del paisaje cotidiano implica una aceptación implícita de la situación, lo que dificulta aún más la posibilidad de cambio. Este proceso de naturalización es quizás uno de los aspectos más preocupantes de la conflictividad en los barrios populares, ya que perpetúa un ciclo de violencia y exclusión que se transmite de una generación a otra.

A modo de cierre, las conversaciones con las mujeres de los barrios estudiados nos permitieron cuestionar la idea recogida en la literatura sociológica argentina de que las políticas sociales, como el Plan Más Vida o las transferencias condicionadas, han permitido a las mujeres desarrollar nuevas trayectorias y participar en espacios comunitarios, ofreciéndoles la oportunidad de salir del hogar y establecer nuevas relaciones, especialmente con el Estado. El trabajo de campo, sin embargo, mostró un alejamiento progresivo de las mujeres de estos

espacios comunitarios, en gran parte debido a la intensificación de la conflictividad cotidiana, exacerbada por la pandemia de COVID-19. Así, las respuestas de estas mujeres ante un entorno marcado por la violencia, la inseguridad y la exclusión social son complejas y multifacéticas, oscilando entre la resignación, la ira y la naturalización de la conflictividad. Estas estrategias, aunque pueden parecer contradictorias, revelan la realidad de vivir en condiciones de constante precariedad y desprotección, donde la lucha diaria por la supervivencia se entrelaza con la necesidad de seguridad y protección. La resignación se convierte en un mecanismo de adaptación frente a la falta de alternativas, mientras que la ira emerge como una fuerza de resistencia ante la injusticia y la indiferencia del Estado. Por su parte, la naturalización de la violencia, especialmente entre las generaciones más jóvenes, perpetúa un ciclo de marginalización y encierro que refuerza los estereotipos de género y limita las oportunidades de participación en la vida pública y comunitaria.

CONCLUSIÓN

A lo largo de esta tesis se ha explorado cómo las mujeres de los barrios populares del conurbano bonaerense experimentan y enfrentan la conflictividad y la marginalización en sus vidas cotidianas. Los casos de estudio de los barrios de Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de Mayo del municipio de San Martín proporcionaron un marco concreto para analizar estas experiencias desde una perspectiva de género, utilizando la perspectiva teórica de la *despacificación* de Loïc Wacquant como herramienta analítica principal. Esta investigación ha revelado que las mujeres adoptan estrategias específicas frente a la conflictividad que viven en su vida diaria, optando por un repliegue a sus hogares, profundizando aún más los estereotipos de género que colocan a las mujeres en el centro de sus casas.

Los hallazgos de este estudio muestran que las mujeres de estos barrios enfrentan una serie de desafíos únicos debido a las desigualdades estructurales de género que se manifiestan de múltiples formas. Desde la carga del trabajo de cuidado no remunerado hasta la exposición a diferentes formas de violencia, estas mujeres deben navegar un entorno hostil que muchas veces no reconoce su agencia ni sus necesidades específicas. Pese a que deciden aislarse en sus casas, *insularizarse*, haciendo una reconceptualización del concepto propuesto por Soldano (2010), desarrollan también algunas estrategias de resistencia, como la construcción de redes comunitarias de apoyo más institucionales como la Iglesia o las organizaciones no gubernamentales.

Una de las principales contribuciones de esta tesis es la visibilización de estas estrategias de resistencia y adaptación, que ponen sobre la mesa la necesidad de pensar soluciones que aborden las diferencias de género para continuar fomentando la agencia de las mujeres. Además, la investigación ha permitido identificar las formas en que el género, el territorio y la conflictividad se entrelazan para configurar las experiencias de las mujeres en estos espacios marginales. Se ha evidenciado que la territorialización de los barrios populares no es un proceso neutral, sino profundamente influenciado por las relaciones de poder y las dinámicas de exclusión social y económica y de género.

Los hallazgos de este estudio también tienen implicaciones teóricas significativas. Al aplicar la perspectiva de la *despacificación* de Loïc Wacquant al contexto de los barrios populares del conurbano bonaerense, se amplía la comprensión de cómo la violencia estructural y la exclusión social afectan la vida cotidiana de las mujeres. Esta perspectiva, tradicionalmente

aplicada a los guetos afroamericanos de Chicago y el *banlieu* de París, ofrece una lente poderosa para entender los procesos de marginalización y resistencia en contextos urbanos de América Latina. Sin embargo, la investigación demuestra que es crucial incorporar una perspectiva de género para captar completamente las complejidades de la experiencia de las mujeres en estos territorios. Ellas, debido a su posición estructural específica, experimentan la *despacificación* de manera particular, enfrentando no solo la violencia urbana y la exclusión económica, sino también las formas específicas de supervivencia y la carga desproporcionada del trabajo de cuidado.

En términos prácticos, los resultados de esta tesis sugieren varias recomendaciones para políticas públicas y programas de intervención social. Es fundamental que las políticas sociales y de desarrollo urbano reconozcan y aborden las necesidades específicas de las mujeres en los barrios populares, considerando no solo su papel como cuidadoras y mantenedoras del hogar, sino también como agentes de cambio social y comunitario. Las estrategias de intervención deben, en primer lugar, generar entornos seguros y luego promover la participación activa de las mujeres en la toma de decisiones a nivel local, fortalecer sus redes de apoyo comunitario y garantizar su acceso a servicios básicos, empleo digno y oportunidades educativas. Deben reconocer también el impacto de la inseguridad en la vida cotidiana de los sectores populares, en especial de las mujeres, para protegerlas y fomentar sus autonomías.

Como señalan Auyero y Sobering (2021), “el propósito académico subyacente de este libro fue reubicar la política allí donde importa más: en la vida cotidiana de los ciudadanos comunes”, contribuyendo así a la “agenda de una sociología política de la marginalidad urbana” (p. 184). Con un objetivo similar, esta tesis se propone abordar estas dinámicas, pero buscando siempre superar la perspectiva androcéntrica y centrar el enfoque en las particularidades específicas de las mujeres.

No obstante, comprende sus limitaciones y sugiere nuevas vías para futuras investigaciones. Por un lado, sería pertinente explorar más a fondo las experiencias de otras identidades de género y grupos sociales en estos barrios, como jóvenes, personas LGBTIQ+ y personas mayores, para obtener una visión más completa de cómo la conflictividad y la territorialización afectan a diferentes grupos dentro de la comunidad. Por otro lado, se podrían realizar estudios comparativos con otros contextos urbanos en Argentina (Rosario podría ser un buen punto de partida) e inclusive América Latina para identificar patrones comunes y particularidades en las

formas en que las mujeres enfrentan y resisten la exclusión urbana y experimentan allí las conflictividades que tomarán sus formas también.

En conclusión, esperamos este trabajo aporte una perspectiva crítica y enriquecedora a los estudios sobre género, territorio y conflictividad en los barrios populares del conurbano bonaerense. Este enfoque no solo enriquece el campo académico, sino que también ofrece valiosas lecciones para la formulación de políticas más inclusivas y efectivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acero Vargas, J. S. (2018). *Territorios en disputa: Territorio, conflicto y movimiento social en la periferia bonaerense*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho y Ciencia Política.
- Antón, G., Cresto, J., Rebón, J., & Salgado, R. (2011). Una década en disputa. Apuntes sobre las luchas sociales en la Argentina. En M. Modonesi & J. Rebón (Eds.), *Una década en movimiento: luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO; Prometeo Libros.
- Auyero, J., & Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Katz Editores.
- Auyero, J., & Servián, S. (2023). *Cómo hacen los pobres para sobrevivir*. Siglo Veintiuno Editores.
- Auyero, J., & Sobering, K. (2021). *Entre narcos y policías*. Siglo Veintiuno Editores.
- Bonaldi, P., & del Cuto, C. (2010). Los límites del barrio. Fragmentación, conflicto y organización en dos barrios del Partido de Moreno. En I. González Bombal, G. Kessler, & M. Svampa (Eds.), *Reconfiguraciones del mundo popular: El conurbano en la post-convertibilidad*. Universidad Nacional de General Sarmiento; Prometeo Libros.
- Butler, J. (1999). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge Press.
- Byrne, B. (1995). *Gender, conflict and development. Volume I: Overview* (Informe BRIDGE No. 34). Institute of Development Studies (IDS), Universidad de Sussex.
- Byrne, B., Marcus, R., & Power-Stevens, T. (1995). *Gender, conflict and development. Volume II: Case studies: Cambodia; Rwanda; Kosovo; Algeria; Somalia; Guatemala and Eritrea* (Informe BRIDGE No. 35). Institute of Development Studies (IDS), Universidad de Sussex.
- Cabral, P. (2019). *Conflictos, violencias y delitos en perspectiva de género: Un estudio etnográfico sobre varones y mujeres jóvenes de la periferia de la ciudad de La Plata*.
- Cabral, P. (2023). La violencia en las interacciones sociales barriales: Un estudio sobre conflictos entre jóvenes varones de sectores populares. *Etnografías Contemporáneas*, 9(16).
- Cravino, M. C. (2018). Evolución cuantitativa y transformaciones cualitativas de los asentamientos populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (1980-2015). En M. C. Cravino (Coord.), *La ciudad (re)negada: Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas* (pp. xx-xx). Ediciones UNGS.
- Dalla Costa, M., & James, S. (1975). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Falling Wall Press.

- Dallorso, N. S. (2011). Conflictos barriales en el Gran Buenos Aires: Control social de la vida cotidiana de los sectores populares. *Sociológica*, 26(73).
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732011000200005
- Estigarribia, H. B. (2015). Conflictos sociales y violencia en el Barrio Fátima (Ex Villa-3) - Villa Soldati, CABA. *Revista THEOMAI*, 31.
- Gamallo, L., Manerio, M., Moscovich, L., Santella, A., Semán, P., & Rebón, J. (2017). La conflictividad social en Argentina en el siglo XXI. *Argumentos: Revista de Crítica Social*, 19.
- Grande Gascón, M. L., & Ruiz Seisdedos, S. (2016). Análisis del conflicto saharauí desde una perspectiva de género. *Index de Enfermería*, 25(3).
http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1132-12962016000200013
- Grimson, A. (2009). "Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires". En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura, R. (comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Prometeo Libros.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad: Sociología del temor al delito*. Siglo Veintiuno Editores.
- Laé, J. F., & Schijman, E. (2010). Las rondas de las mujeres por las ventanillas del Estado: Etnografía de un trabajo invisible. *Trabajo y Sociedad*, 16.
- Lipsky, M. (1980). La burocracia en el nivel callejero: La función crítica de los burócratas en el nivel callejero. En J. Shafritz & A. Hyde (Eds.), *Los clásicos de la Administración Pública*. Fondo de Cultura Económica.
- Mendia Azkue, I., & Guzmán Orellana, G. (2019). Enfoque de género en los conflictos: Hacia una cooperación internacional convergente con la acción feminista por la paz y contra la impunidad. *UPV/EHU*.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos: Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2022). *Factores de riesgo en barrios populares del Gran Buenos Aires: Según diagnósticos urbanos*. Argentina.
- Ministerio de Salud y Desarrollo Social. (2019). *Integración socio urbana de barrios populares: Génesis, recorrido y futuro de una nueva política de estado en la Argentina*.
https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/integracion_socio_urbana_de_barrios_populares.pdf
- Moser, C. O. N., & Clark, F. C. (Eds.). (2001). *Victims, perpetrators or actors?: Gender, armed conflict and political violence*. Zed Books.
- Navarro, L. F. (2016). *Dársela en la pera: Violencia y adicciones en la provincia de Buenos Aires*. Editorial Marea.

Observatorio de la Deuda Social Argentina. (2024). *Venta y tráfico de drogas en los barrios populares*. Nota de divulgación.

Paura, V., & Zibecchi, P. (2020). Expansion and diversification of welfare bureaucracies in democratic Argentina: Between critical junctures and gradual mutations. En H. Sullivan & H. Dickinson (Eds.), *The Palgrave Handbook of the Public Servant* (pp. xx-xx).

Paura, V., & Zibecchi, P. (2022). Género y pobreza: Diversificación de las burocracias en la Argentina. *Cátedra Paralela*, 21.

Rebón, J. (2004). Las formas de conflictividad en las Villas de la Ciudad de Buenos Aires: Una aproximación desde un estudio de caso. *Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/iigg-uba/20110318050822/ji6.pdf>

Requena Casanova, M. (2017). La aplicación de la agenda mujeres, paz y seguridad en los procesos de paz: La participación de las mujeres en la prevención y resolución de conflictos. *Revista electrónica de estudios internacionales*.

Rofman, A. (2000). El Estado y las mujeres: Articulación entre demandas y políticas de género. En S. Hintze (Ed.), *Estado y Sociedad: Las políticas en los umbrales del siglo XXI*. EUDEBA.

Saldivar Garduño, A. (2005). El conflicto desde una perspectiva de género: Elementos para el análisis de la dinámica de las relaciones entre mujeres y hombres. *Iztapalapa*, 59(26).

Segura, R. (2009). Paisajes del miedo en la ciudad: Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata. *Cuadernos Urbano*, 8(8).

Semán, P. (2021). *Vivir la fe: Entre el catolicismo y el pentecostalismo, la religiosidad de los sectores populares en la Argentina*. Siglo XXI.

Soldano, D. (2010). Territorio, asistencia y subjetividad en el Gran Buenos Aires (1990-2004). En I. González Bombal, G. Kessler, & M. Svampa (Eds.), *Reconfiguraciones del mundo popular: El conurbano en la post-convertibilidad*. Universidad Nacional de General Sarmiento; Prometeo Libros.

Svampa, M. (2009). Protesta, Movimientos Sociales y Dimensiones de la acción colectiva en América Latina. En “Jornadas de Homenaje a C. Tilly”. Universidad Complutense de Madrid-Fundación Carolina.

Vommaro, G. (2017). Política popular en tiempos de economías postindustriales: Trabajo territorial y economía moral en la Argentina reciente. *Revista Pós Ciências Sociais*.

Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: Marginados en la ciudad a comienzos de siglo*. Manantial.

Wacquant, L. (2013). *Los condenados a la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI.

Zibecchi, C. (2013). *Trayectorias asistidas: Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque del género*. Eudeba.

Zibecchi, C. (2019). ¿Interlocutoras del Estado? El caso de las destinatarias de programas sociales y las referentes de organizaciones territoriales en la Argentina.

ANEXO I - Modelo de entrevista

Institución: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Sede Argentina

Maestría: Desarrollo Humano

Investigadora: Delfina García Hamilton

Proyecto: La conflictividad y las mujeres en los barrios populares del conurbano bonaerense en el siglo XXI

Propósito de la investigación: indagar sobre la ocurrencia y el tipo de conflictos que se dan al interior del barrio bajo estudio (conformado por tres sub-barrios Costa Esperanza, Costa del Lago y 8 de mayo), comprender el papel que las mujeres asumen en los mismos (sus percepciones, acciones y motivaciones) y cómo impactan en ellas (sus sentimientos, opiniones y significados).

1. Información general

Género:

Edad:

Nivel de escolaridad:

Profesión/tareas que desempeña:

Está en pareja?

Hijos/as:

Cuántos y edades:

viven otras personas en el hogar:

2. Preguntas:

1. ¿Qué haces vos en un día?
2. ¿Cómo describirías la vida diaria en el barrio?
3. ¿Qué actividades suelen desarrollar las mujeres adultas? ¿y los varones?
4. ¿Qué tipos de conflictos o tensiones suelen ocurrir con mayor frecuencia en el barrio?
5. ¿Quiénes forman parte de estos conflictos? ¿De qué manera?
6. ¿Cuáles crees que son las principales razones que desencadenan estos conflictos?
7. ¿Desde tu perspectiva, cuáles son los impactos más significativos de estos conflictos en la comunidad y en las familias?
8. ¿Cómo se resuelven estos conflictos en el barrio?

9. ¿Quiénes ayudan a mediar o resolverlos?
10. ¿Qué papel suelen asumir las mujeres? ¿y los varones?
11. ¿Crees que las mujeres y los varones actúan de manera diferente frente a los conflictos, tanto en cuanto a su participación, como en la resolución de los mismos?

Huellas de la conflictividad:

12. ¿Has observado diferencias en la forma en que estos conflictos afectan a las mujeres y a los varones?
13. ¿Qué aspectos o situaciones crees que afectan más a las mujeres en comparación con los varones?
14. ¿Consideras que se producen cambios en los roles o responsabilidades de mujeres y varones después de un conflicto en el barrio?